

BOLETIN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas — (Art. 15 de los Estatutos.)

Hotel de la Institución.—Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETIN, órgano oficial de la Institución, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada. — Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas y maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 1. Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la Institución gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la «Correspondencia».

AÑO XIX.

MADRID 31 DE MARZO DE 1895.

NÚM. 420.

SUMARIO.

PEDAGOGÍA.

Los programas de la segunda enseñanza en las principales naciones, por XX.—Función del cerebro en el ejercicio, por el Dr. F. Lagrange.—La educación del sistema nervioso, por Mr. H. Donaldson.

ENCICLOPEDIA.

La protección á los cereales, por D. M. Pedregal.—La pintura impresionista francesa, por D. F. Giner.—Nuestros ríos, por D. R. Torres Campos.—Notas acerca de la literatura en 1894, por D. J. Uña Sharthou.

INSTITUCIÓN.

Noticia.—Suscripción Sama.—Libros recibidos.—Anuncio.

PEDAGOGÍA.

LOS PROGRAMAS DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA

EN LAS PRINCIPALES NACIONES,

por XX.

(Continuación) (1).

X.—Alemania.

En el Imperio alemán, no hay una ley uniforme de instrucción pública. Cada Estado tiene la suya especial, y, por tanto, organización diferente en los diversos grados. Existen, sin embargo, analogías entre todas, siendo la ley más importante y la de influjo superior, en general, la de Prusia. Sirva ésta, por tanto, de modelo.

La educación nacional está fundada en la Escuela de párvulos, que principalmente es fröbeliana (*Kindergarten*), y la Escuela popular (*Volksschule*), que dura ocho años. En lugar de ésta, el alumno que ha de ingresar en la segunda enseñanza puede seguir un curso de tres años, que usual-

mente se hace en una Escuela preparatoria (*Vorschule*), aneja, por lo común, á un centro secundario. A los 9 años de edad, se comienza la segunda enseñanza, entrando en uno de los siguientes centros: 1.º, establecimientos cuyos estudios duran nueve cursos (*Höhere Schulen*), á saber: Gimnasios clásicos (con Latín y Griego); Gimnasios realistas (*Realgymnasien*), con Latín sólo; Escuelas realistas superiores (*Höhere Realschulen*), sin Latín; 2.º, establecimientos de menor categoría, por decirlo así, cuyo plan exige unos siete años, ó sea: Progimnasios clásicos realistas, Escuelas burguesas superiores (*H. Bürgerschulen*) y Escuelas realistas (*Realschulen*).

El último movimiento de reforma y el estado actual de la segunda enseñanza en Prusia ha sido iniciado por el Emperador mismo, desde su célebre rescripto, de 1889, ordenando que la enseñanza de la Historia contemporánea se completase hasta 1888, y la convocatoria de la Asamblea pedagógica, en Diciembre de 1890, con el famoso discurso de apertura que pronunció en ella.

La reforma ha venido á producir los siguientes efectos: 1.º Disminución de horas de trabajo; 2.º Decadencia parcial del tipo de enseñanza clásica pura, por haber reducido el tiempo consagrado al Griego y al Latín en los Gimnasios; 3.º Modificación sensible del carácter de los Gimnasios realistas, mediante la disminución de horas dedicadas al Latín; 4.º Aumento de categoría é importancia de las *Oberrealschulen*, escuelas sin Latín, á las que, por primera vez, se concede el privilegio de dar certificados para el ingreso en la Universidad (á los estudios de Matemáticas é Historia Natural) y el derecho de concurrir con sus diplomas á las plazas de Profesores de

(1) Véase el núm. 417 del BOLETIN.

Ciencias, en la enseñanza secundaria; permitiéndoles presentarse también al examen oficial ó de Estado en varias carreras técnicas. El Gimnasio real conserva el privilegio de conferir el diploma que abre la puerta á los estudios universitarios de lenguas vivas; pero el Bachillerato del Gimnasio (clásico) es el único todavía que conduce á todas las facultades.

Tanto el Gimnasio clásico como el realista y la Escuela realista superior, abrazan seis clases, á saber: una 6.^a, una 5.^a, una 4.^a y dos 3.^{as}, 2.^{as} y 1.^{as} (inferior y superior, respectivamente), con nueve años de estudios.

Hé aquí el programa del Gimnasio clásico:

Religión.—Aleman.—Narraciones históricas.—Latín.—Griego.—Francés.—Historia y Geografía.—Cálculo y Matemáticas.—Historia natural.—Física, Química y Mineralogía.—Escritura.—Dibujo.—Canto.—Gimnasia.

En el Gimnasio realista, el Griego se sustituye por el Inglés; y la Física se estudia con independencia de la Química y la Mineralogía.

En la Escuela realista superior, ocurre lo mismo y se suprime además el Latín.

Conviene señalar ciertas tendencias de carácter político y jurídico, muy marcadas en la reforma. El deseo general consiste en que la segunda enseñanza procure al alumno la *educación cívica*, el conocimiento de la organización del Estado, de su misión esencial y de la importancia del derecho en la vida. Se utilizará para esto, preferentemente, la clase de Historia, insistiendo en el estudio de la moderna y de las instituciones jurídicas actuales. Aunque manifiestamente tiene esta dirección (á lo menos, en el ánimo de los autores de la reforma) un sentido más bien político y nacionalista, no faltan opiniones en el profesorado que piden un criterio más científico é imparcial en la educación cívica.

El reglamento deja subsistir, hasta nueva orden, las escuelas secundarias de carácter mixto, formando la transición entre el Gimnasio clásico y el Gimnasio realista; estas escuelas están autorizadas para enseñar el Griego (facultativo), con sustitución eventual del Inglés.

Las escuelas de carácter mixto, que sirven de transición entre el Gimnasio realista y los establecimientos sin Latín, podrán igualmente subsistir, á condición de combinar los planes de estudio del Gimnasio y de las Escuelas realistas, de tal suerte que no exceda el horario de las clases del Gimnasio realista. Este resultado se obtendrá por una disminución correlativa de las horas concedidas á ciertas enseñanzas especiales. Se deberá también aumentar el total de horas de Gimnasia. Las escuelas de carácter mixto, con ó sin Latín, no pueden ser constituidas sobre las bases precitadas, sino por autorización especial del Ministerio.

De tales combinaciones autorizadas para la distribución de los horarios de las escuelas secundarias de carácter mixto, clásicas ó realistas, resulta que el tipo antiguo de escuelas con siete años de estudios desaparece. Todos los establecimientos de este género quedaron, á partir de 1892 á 93, privados de la clase *segunda superior*. De esta manera no subsisten hoy más que dos clases de escuelas secundarias: 1.^o, las de nueve años (*Vollanstalten*), ó de pleno ejercicio, que dan, en condiciones diversas, acceso á las Universidades, mediante el certificado de aptitud (*Reifeprüfung*); 2.^o, las de seis años, que están llamadas desde entonces á suministrar una enseñanza que se basta á sí misma, pudiendo siempre servir de base á la enseñanza secundaria superior (*segunda superior* y *primera inferior* y *superior*). La autonomía relativa de esta enseñanza-base (*Unterbau*) se explica por la necesidad de dar una preparación suficiente á los candidatos á la *Abschulungsprüfung*, que da acceso al voluntariado de un año.

Así se ordenó, por tanto, separar en todas partes los cursos, que eran comunes á las dos clases segundas, de Historia, de Geografía y de Matemáticas.

Marcando claramente la división entre los dos grados de la enseñanza secundaria, se espera obtener resultados más satisfactorios que los que la estadística oficial de los exámenes ha venido mostrando.

Las diferencias de programa entre Prusia y los demás Estados no son hoy día notables. En alguno, figura el Hebreo como facultativo. Baviera, v. g. (ley de 1883),

incluye Filosofía y Propedéutica. En muchos Gimnasios, se estudia también la Historia del Arte, con ayuda de pequeños Museos de reproducciones.

Promedio de la edad del Bachillerato (*Maturität*): 19 años.

XI.—Austria.

El programa de segunda enseñanza ofrece pocas variantes con respecto al de Prusia y al de los demás países alemanes. Hé aquí el carácter y organización general de los estudios secundarios en este Imperio.

Bajo el nombre de «Escuelas medias» (*Mittelschulen*), se comprenden en Austria Gimnasios de grado superior é inferior (*Ober-und Untergymnasien*), Gimnasios realistas (*Realgymnasien*) y Escuelas realistas de grado superior é inferior (*Ober-und Unterrealschulen*).

Los Gimnasios son institutos que procuran una educación general superior, por medio, esencialmente, de las lenguas clásicas y de sus literaturas, preparando con esto á los estudios universitarios. El Gimnasio completo consta de ocho clases, cada una de las cuales dura un curso anual. Las cuatro primeras forman el Gimnasio inferior; y las cuatro últimas, el superior. Aquel sirve de preparación á éste; pero forma, sin embargo, por sí mismo un todo de educación general, en cuanto cada una de sus enseñanzas, no sólo queda terminada y completa, sino que se informa en un modo predominante popular y en una dirección más práctica, lo cual sirve para un número mayor de relaciones de la vida. El Gimnasio superior vuelve á dar la misma enseñanza de un modo más científico, y sirve de escuela especial preparatoria para la Universidad.

Cuando no es posible la organización de un Gimnasio completo con estos dos grados, puede, sin embargo, existir sólo uno inferior, sin las clases del superior. Lo contrario no se verifica jamás.

Las Escuelas realistas son establecimientos de enseñanza que procuran una educación general superior, valiéndose especialmente de las Matemáticas, Ciencias naturales y Lenguas modernas, y preparan para las escuelas superiores técnicas. Una Escuela realista completa consta de siete

clases de curso anual y divididas en Escuela realista superior é inferior. Prepara ésta para aquella y proporciona al mismo tiempo una educación general definitiva, hasta cierto grado, á los que, después de cursarla, quieren dedicarse á los negocios. Consta de los cuatro primeros años. De preparación para la Escuela realista superior pueden servir también las cuatro clases del Gimnasio realista. La Escuela realista inferior puede igualmente relacionarse con la sección industrial ó agrícola de los cursos profesionales. La superior, que consiste en los tres últimos años, continúa y desarrolla la enseñanza comenzada en la inferior y prepara especialmente para los estudios técnicos superiores. Siempre está fundada sobre una Escuela realista inferior, ó sobre las cuatro primeras clases de un Gimnasio realista. Ambas secciones forman un establecimiento docente; pero puede haber Escuela realista inferior sin sección superior.

Por la dificultad que muchas veces hay para decidir si un alumno de diez á once años debe asistir al Gimnasio ó á la Escuela realista, y la imposibilidad de saber, en edad tan temprana, á qué clase de escuela secundaria le llevan sus inclinaciones, se ha establecido un tercer tipo de aquellas, donde los niños que salen de la Escuela primaria y quieren continuar la segunda enseñanza, puedan aguardar todavía algunos años á decidir si deben encaminarse al Gimnasio ó á la Escuela realista. Á esto responden los *Gimnasios realistas* (*Realgymnasien*).

Son establecimientos cuyo plan de enseñanza está organizado esencialmente en vista de que el alumno pueda, á la terminación del mismo, dirigirse lo mismo á un Gimnasio superior que á una Escuela realista superior. Las diferencias capitales entre un Gimnasio realista y un puro Gimnasio inferior consisten:

- 1.º En dar mayor desarrollo al Dibujo á pulso, como pasa en la Escuela realista inferior, concediéndole cuatro horas semanales en la 1.ª, 2.ª y 3.ª clases, y tres horas en la 4.ª—2.º En dedicar al Alemán tres horas semanales, en vez de cuatro, en la 1.ª y 2.ª clase, mientras que á la Historia natural se concede tres horas, en lugar de dos en las mismas clases.—3.º Al empezar

la 3.^a clase, tienen que decidir los alumnos si van á dedicarse á los estudios clásicos ó á los realistas: los primeros comienzan entonces el Griego y los segundos el Francés, obligatorios.—4.^o En algunos, no en todos, los Gimnasios realistas, se desarrolla también más la enseñanza de las Matemáticas, introduciendo la Geometría y el Dibujo geométrico, como obligatorios. Las demás asignaturas, Religión, Latín, Griego, Alemán, Geografía, Historia y Matemáticas, se enseñan, con las excepciones dichas de la división de alguna de las mismas, según el plan, clases y horas del Gimnasio. El paso de un Gimnasio á un Gimnasio realista, y viceversa, es posible en cada clase; y del mismo modo, los alumnos del último de aquellos pasan, después de la 4.^a clase, á un Gimnasio superior, sin necesidad de examen de ingreso.

Para comenzar los estudios secundarios, se necesita tener 10 años cumplidos.

Promedio de la edad del Bachillerato (*Maturitätsprüfung*), 19 años.

(Continuará.)

FUNCIÓN DEL CEREBRO EN EL EJERCICIO,

por el Dr. F. Lagrange (1).

I.—EL RECARGO ESCOLAR.

El régimen escolar.—El *recargo de trabajo intelectual* y la *sedentariadad*.—Remedios propuestos: simplificación de los programas de estudio y aumento de los ejercicios.—Peligro de aumentar el ejercicio, sin disminuir el trabajo intelectual.—Los ejercicios corporales, ¿son un descanso para el cerebro?

Una cuestión de higiene, del mayor interés, atrae vivamente la atención del público, y de los médicos desde hace algunos años. Se ha tratado de los peligros que puede presentar el trabajo excesivo de los niños en las escuelas y los liceos, y se ha apelado á las más autorizadas opiniones para hacer resaltar los funestos resultados del *recargo de trabajo intelectual*.

La Academia de medicina, oficialmente invitada á dar su opinión sobre la naturaleza de los remedios que convendría adoptar, ha formulado, después de acalorada

discusión, una especie de formulario cuyas conclusiones están concebidas así:

«Sin ocuparse de los programas de estudios, *cuya simplificación desea desde luego*, la Academia insiste particularmente en los puntos siguientes:

«Aumento de la duración del sueño para los niños; para todos los alumnos, disminución del tiempo consagrado á los estudios y á las clases, *es decir, á la vida sedentaria*, y aumento proporcional del tiempo de los recreos y ejercicios.

«*Necesidad imperiosa* de someter á todos los alumnos á ejercicios cotidianos de educación física proporcionados á su edad (marchas, carrera, salto, formación, desenvolvimientos, movimientos reglamentados y prescritos, gimnasia con aparatos, esgrima en todos sus aspectos, juegos de fuerza, etc.)» (1).

La Academia de medicina parece notar en el actual régimen escolar dos vicios distintos: trabajo cerebral excesivo, puesto que desea la simplificación de los programas, y ejercicio muscular deficiente, puesto que aconseja el aumento de los ejercicios físicos.

Pero si se refiere uno á los términos mismos de sus conclusiones, la sabia asamblea no parece considerar como igualmente urgentes las dos reformas propuestas. Insiste sobre la «necesidad imperiosa» de disminuir el tiempo consagrado á «la vida sedentaria» y aumentar los ejercicios corporales, mientras expresa de un modo vago «el deseo» de ver simplificar los programas de estudios, sin dar además su parecer sobre el exceso de trabajo intelectual de los escolares.

Parece que los miembros de la sabia asamblea han querido pronunciarse con toda su autoridad sobre la cuestión de la *sedentariadad*, que depende más directamente de la medicina, y dejar á otros jueces el cuidado de decidir si los niños están realmente sometidos á un trabajo cerebral excesivo.

Puede, pues, esperarse que un nuevo informe dirigido por hombres especiales permitirá juzgar la cuestión, desde el punto de vista del trabajo del espíritu, con tanta cla-

(1) Extractos de algunos capítulos de la obra del doctor Lagrange, *Physiologie des exercices du corps*, cuya traducción española está acabando de imprimirse.—(N. de la R.)

(2) *Comptes rendus de l'Académie de Médecine*, sesión del 15 de Julio de 1887.



ridad como lo ha juzgado la Academia desde el punto de vista del ejercicio físico.

Pero han trascurrido ya muchos meses desde la publicación del informe académico, sin que se haya tomado medida alguna ni se haya mandado hacer oficialmente estudio alguno. La cuestión del recargo intelectual, después de haber, con razón, entusiasmado á todo el mundo, tiende ya á caer en el olvido. No se habla de él como si todo se hubiera dicho ya.

¿Puede considerarse el informe de la Academia de medicina como suficiente para servir de guía en la práctica? Si no fuera así, se intentaría aplicar inmediatamente la reforma señalada como más urgente y aumentar en una gran cantidad los ejercicios corporales, reservando para después la otra reforma, la disminución del trabajo del espíritu, que no es recomendado con la misma insistencia, y cuya práctica parece desde luego presentar dificultades más serias.

En efecto, nada más sencillo que imponer á los niños ejercicios corporales cotidianos, ni hay nada más difícil que disminuir el trabajo escolar.

La concurrencia intelectual es hoy la forma más común de la *lucha por la existencia*, y si el niño, dejando reposar su cerebro, no le exige más que un esfuerzo moderado, arriesga el verse distanciado en la carrera por rivales, más preocupados del éxito de un concurso, que de las leyes de la higiene.

¿Es, pues, posible aplicar el remedio que la Academia señala como una necesidad urgente, sin hacer, previamente, la reforma, sobre la que no se pronuncia con la misma insistencia? ¿Se debe aumentar el ejercicio muscular de los niños aun en el caso en que no se hayan todavía «simplificado los programas»? ¿Conviene, por último, hacer seguir un «régimen cotidiano de adiestramiento físico» á niños que se hallan sometidos á una gran fatiga del espíritu?

El informe académico no prevé esta cuestión, lo cual es una laguna lamentable. No es indiferente saber si las dos reformas indicadas deben ser solidarias la una de la otra, y si las prescripciones que recomiendan los ejercicios de fuerza y de agilidad se dirigen únicamente á los niños cuya vida es demasiado sedentaria, ó si pueden aplicarse también á los alumnos cuyo cerebro

trabaja con exceso. Un comentario explícito sería tanto más urgente, cuanto que ya la opinión general, adelantándose al veredicto de los jueces, se ha pronunciado por la aplicación de la gimnasia bajo todas sus formas al tratamiento del recargo intelectual. Cuantos han podido apreciar los beneficiosos resultados que generalmente produce el ejercicio físico, esperan impacientes que, mientras vienen otras reformas, se dé mayor importancia á la gimnasia en las casas de educación.

Si ha de creerse á la mayoría, los ejercicios corporales deben ofrecer un resultado doble, siendo capaces de extender sus beneficios al espíritu fatigado del niño lo mismo que á su cuerpo debilitado. La gimnasia de los músculos tendría que ser un contrapeso saludable, susceptible de restablecer en el organismo el equilibrio destruido por un esfuerzo excesivo del espíritu.

Los efectos fisiológicos de los ejercicios corporales más en uso son todavía poco conocidos, porque su práctica no está muy extendida entre los hombres de estudio, y muy pocos médicos han podido comprobar en sí mismos sus resultados más interesantes. Ahora bien, entre estos resultados hay muchos que son puramente *subjetivos*—algunos hechos de la fatiga, por ejemplo—y cuyas medias tintas, muy características para el que las experimenta, pueden ser letra muerta para el simple observador que nunca las ha experimentado.

Así, sin duda, es como hay que explicar ese error tan extendido, aceptado sin contradicción por la mayor parte de las personas extrañas á la ciencia, y aun por algunos médicos, que atribuye á los ejercicios corporales el papel de un derivativo para la fatiga del espíritu.

El ejercicio muscular puede seguramente remediar el vicio escolar, que la Academia llama la *sedentariedad* excesiva del niño; pero no puede constituir un remedio aplicable al recargo intelectual. Hay, además, en mi opinión, entre las medidas que necesitan los dos vicios señalados por la Academia, una especie de antagonismo y de contradicción que hace muy delicada la resolución del problema.

Sería preciso dar, al mismo tiempo, trabajo á los músculos inactivos del niño, y reposo á su cerebro demasiado ocupado.

Ahora bien; espero demostrar que, en ciertos ejercicios que la Academia recomienda, en los «movimientos regulados y prescritos, en la gimnasia con aparatos, y en las esgrimas de todo género», las facultades intelectuales están obligadas á entrar en juego, y el cerebro tiene que trabajar lo mismo que los músculos.

Si está, pues, demostrado que el niño se halla sometido á un recargo intelectual ¿cómo pensar en prescribirle tales ejercicios?

Pero si la vida demasiado sedentaria del escolar exige imperiosamente el aumento del trabajo corporal, y si no puede esperarse, para aumentar el ejercicio, á haber encontrado medios de disminuir las horas de estudio (1), es preciso, por lo menos, adoptar, entre los diversos ejercicios, aquellos que asocien menos el cerebro al trabajo muscular.

Nadie, hasta el presente, ha pensado en averiguar si podría hacerse una elección entre las varias formas del ejercicio. Nadie se ha preguntado si los métodos gimnásticos, más en privanza hoy, son los más capaces para dar á los músculos del niño la actividad que les falta, sin imponer una nueva fatiga á su cerebro ya recargado.

Los capítulos siguientes tendrán justamente por objeto el determinar, fundándose en la fisiología, las reglas de que no es posible separarse en la elección de un ejercicio, cuando se trata de poner remedio á la vida demasiado sedentaria de los individuos entregados á excesivos trabajos intelectuales.

2.—TRABAJO INTELECTUAL Y EJERCICIO FÍSICO.

El músculo que trabaja y el cerebro que piensa.—Experimentos del Dr. Lombard.—Aflujo de sangre á la sustancia cerebral durante los esfuerzos intelectuales.—Balanza de Mosso.

Consecuencias del trabajo en el orden intelectual y en el orden físico.—Auto-intoxicaciones por recargo.

I.

Dejando á un lado toda doctrina filosófica, y sin necesidad tampoco de referirse á

(1) M. Edouard Maneuvrier, en su notable libro sobre la *Education de la Bourgeoisie*, L. Cerf, 1888, propone un plan completo de reformas escolares, según el cual se podría reducir á seis horas el trabajo diario del alumno.

¿Cuántos años tendremos que esperar aún para ver en la práctica medida tan urgente?

la hipótesis materialista, puede demostrarse que existen analogías muy estrechas entre el trabajo del espíritu y el del cuerpo. Son dos formas muy diferentes de manifestación de la energía vital, pero sometidas á las mismas leyes fisiológicas.

Las condiciones del trabajo son las mismas para el cerebro que piensa que para el músculo que se contrae; en ambos órganos, cuando ponen en juego su propia actividad, se observa un aflujo mayor de sangre y una producción más intensa de calórico.

Cuando se mide un miembro que acaba de ejecutar un ejercicio violento, se observa que su volumen ha aumentado considerablemente; una cantidad mayor de sangre ha venido á hinchar sus vasos.

Se ha podido observar también que el cerebro, cuando trabaja, atrae una cantidad más considerable de líquido sanguíneo. Algunos fisiólogos han estudiado la circulación de la sangre de los vasos cerebrales en individuos que, por efecto de una herida, han perdido algún trozo de la sustancia ósea del cráneo. A través de esta especie de ventana abierta sobre el órgano del pensamiento han podido ver cómo se llena de sangre el cerebro, siempre que trabaja el espíritu, y cómo se descongiona, por el contrario, inmediatamente que cesa el esfuerzo intelectual.

Un ingenioso experimento ha permitido determinar de un modo evidente que la cantidad de sangre atraída al cerebro por el trabajo del espíritu es más ó menos abundante, según el esfuerzo intelectual es más ó menos intenso. Un fisiólogo italiano, el profesor Mosso, ha construido una balanza dispuesta de tal modo, que puede acostarse un hombre encima. Cuando un individuo se somete al experimento, un contrapeso equilibra el aparato y pone exactamente en fiel los pies y la cabeza. La balanza, por lo demás, es de una sensibilidad bastante grande para que el peso más ligero, añadido á uno ú otro lado, destruya el equilibrio y haga inclinarse el aparato. Si el individuo en observación permanece tendido en inamovilidad completa y en reposo absoluto de espíritu, las dos extremidades del aparato permanecen en el mismo nivel. Pero si el espíritu se ocupa en ideas que necesitan esfuerzos de atención, si busca la resolución de un problema difícil, si se hace

un llamamiento á la memoria, ó al juicio; sí, en una palabra, entran en juego las facultades activas del espíritu, inmediatamente se destruye el equilibrio de la balanza y se ve bajar el extremo que sostiene la cabeza. La sangre ha afluído con mayor abundancia hacia los vasos cerebrales por el hecho mismo del esfuerzo intelectual; el cerebro se ha hecho súbitamente más pesado, y este aumento de peso da la medida exacta del suplemento de sangre que ha recibido. Se puede observar también que la bajada es tanto más acentuada, cuanto más fuerte ha sido la tensión del espíritu.

Otra analogía no menos notable asimila el trabajo del cerebro al de los músculos. En ambos órganos, un funcionamiento más activo va siempre acompañado de un mayor desprendimiento de calórico.

Si se introduce en el espesor de un músculo una aguja termo-eléctrica, se observa que, en el instante mismo en que la fibra se contrae, la temperatura se eleva. Este calor sensible al termómetro no es más que un débil resto del que se ha producido en el órgano motor, y cuya mayor parte ha sido trasformada en movimiento.

Se sabe, en efecto, que el motor humano sufre la ley de la trasformación de las fuerzas, y se encuentra sometido á las mismas condiciones mecánicas que las máquinas motoras que funcionan por el calor; no puede producirse movimiento sin consumir calórico. Hace mucho tiempo ya que se ha demostrado la analogía perfecta que existe entre el organismo humano, que funciona, y los aparatos técnicos, que trabajan. La cantidad de calor gastado en un esfuerzo muscular de intensidad conocida, ha podido ser exactamente medido, y se ha demostrado que es próximamente igual al que utiliza una máquina para el mismo gasto de fuerza.

El trabajo cerebral no tendría, evidentemente, una medida común con el trabajo mecánico ejecutado por una máquina ó por un músculo; pero la fisiología ha demostrado que el cerebro, lo mismo que el músculo, necesitaba, para entrar en actitud, cierto gasto de calor.—El esfuerzo intelectual va acompañado, lo mismo que el muscular, de una elevación de temperatura del órgano que trabaja.

Esta verdad no es una simple inducción.

Hace mucho tiempo que se han hecho experimentos científicos para demostrar el influjo del trabajo cerebral sobre la temperatura de la cabeza. Los primeros estudios sobre esto son debidos al Dr. Lombard (de Boston), y fueron hechos en 1869. Sus resultados positivos han sido confirmados por los trabajos de Schiff y están citados por el doctor Luys en su obra sobre *El Cerebro*. Está hoy admitido casi por todo el mundo que el cerebro se calienta durante el trabajo del pensamiento.

Que la voluntad utilice bajo forma de trabajo intelectual, ó bajo forma de ejercicio muscular, la energía contenida en el sér humano, el gasto debe saldarse siempre por medio de un desprendimiento de calor. Bajo la acción de ciertas combinaciones químicas que pasan en el seno de los tejidos orgánicos, y que se llaman *combustiones*, el calórico contenido en estado latente en las moléculas del cuerpo vivo es puesto en libertad y absorbido después por el acto cerebral ó por el muscular, como es absorbido el calor del hogar por el trabajo de la máquina de vapor.

Tales son las dos analogías más salientes que llaman la atención del fisiólogo cuando compara el trabajo del cuerpo y el del espíritu; en el trabajador, como en el pensador, se produce mayor aflujo de sangre hacia el órgano que funciona y un desprendimiento de calor más intenso en el seno de los elementos cuya actividad se pone en juego.

II.

Si se lleva más allá el análisis, se encuentran otros puntos de semejanza entre los resultados del trabajo intelectual y los del ejercicio físico.

En primer lugar, en el cerebro que piensa, lo mismo que en el músculo que se contrae, cuando las combustiones están activadas, resulta una destrucción más activa de ciertos tejidos vivos, que alimentan esas combustiones. Así, una locomotora que acelera su marcha debe aumentar el consumo de carbón.—El organismo experimenta cierta pérdida, lo mismo á consecuencia del trabajo mental que después del ejercicio físico.

No es esto todo.

Las combustiones no hacen desaparecer

por completo los tejidos que las alimentan; los transforman y los desnaturalizan, como lo hace la llama de un hogar con el carbón y la leña que consume. Al arder la leña da por resultado los productos de combustión, que pueden encontrarse en un hogar apagado, y que son las cenizas y el hollín. Así el organismo, después del trabajo, contiene productos de combustión, llamados también productos de *desasimilación*, por no ser ya semejante á los tejidos orgánicos de que antes formaban parte.

Los productos de desasimilación (y este es un punto de los más interesantes de la historia del trabajo) son impropios para la vida, y deben ser arrojados al exterior del organismo, so pena de determinar en él accidentes graves. Así, hay en el cuerpo humano una serie de órganos *excretorios*, ó *eliminadores*, encargados de barrer, si así puede decirse, todas esas impurezas.

Pero si la producción de los residuos de la combustión es muy considerable, como acontece después de un trabajo exagerado, puede suceder que los órganos eliminadores sean insuficientes y que aquellos residuos se acumulen en dosis excesivas, capaces de perturbar profundamente las grandes funciones vitales.

Ahora bien; siguiendo las teorías que comienzan á abrirse paso, y á las que, por lo demás, he llevado la contribución de algunos hechos bastante elocuentes, ciertas formas de la fatiga serían debidas á la presencia en la sangre, con exceso, de ciertos productos de desasimilación acumulados por las combustiones del trabajo.

Cuando se lleva demasiado lejos, la fatiga toma el nombre de *recargo*.

El recargo muscular presenta diversas formas; pero, entre otros accidentes, puede producir un estado febril análogo al tífus ó á la tifoidea. En opinión de todos los médicos hoy, esas fiebres de recargo que se observan en los animales, lo mismo que en el hombre, son debidas á una especie de envenenamiento del cuerpo por sus propios elementos, á una *auto-intoxicación* del organismo por los productos de desasimilación, acumulados en gran abundancia después de un exceso de trabajo.

El recargo intelectual conduce también, según algunos miembros de la Academia de medicina (sesión del 7 de Mayo de 1887),

á estados febriles de forma tifoidea. La semejanza de los efectos indica claramente la similitud de las causas, y prueba que se deben atribuir á una acumulación de productos de desasimilación las fiebres de recargo que proceden de exceso de estudio, lo mismo que las que se observan después del abuso de los trabajos corporales.

¿Cuáles son exactamente las sustancias de desasimilación que resultan del trabajo cerebral? Nadie sabría decirlo con fijeza, porque no se conoce aún la composición exacta de todos los residuos orgánicos que nacen durante el trabajo de los músculos, mucho mejor estudiado que el trabajo del cerebro. Se sabe únicamente, por los estudios más recientes de M. Gautier, que ciertos venenos análogos á los de la putrefacción pueden formarse por influjo de las acciones químicas que desprenden calor vital. Esos venenos, que son *alcaloides*, ¿qué relación tienen con el trabajo del espíritu? ¿Cuál es, además, su correlación con el trabajo muscular? Otras tantas cuestiones sobre las cuales no se ha hecho aún la luz.

En el estado actual de la ciencia, no se pueden conocer esos venenos más que por sus efectos, y el organismo vivo es el reactivo que revela su presencia por las perturbaciones que le producen. En todo caso, la singular semejanza que ofrecen las perturbaciones de la salud después de los excesos de trabajo mental y después del recargo de los músculos nos autoriza á deducir una analogía de causa.

Los médicos han señalado hace ya mucho tiempo el funesto influjo ejercido por el recargo sobre las enfermedades que atacan al hombre. Se reconoce al recargo intelectual la misma acción agravante que al recargo físico sobre la marcha de las afecciones agudas ó crónicas. Las enfermedades internas más ligeras, lo mismo que las lesiones exteriores más sencillas, pueden tomar un sello de gravedad particular en el hombre sometido á trabajos musculares demasiado violentos y muy sostenidos, lo mismo que en aquel cuyo cerebro haya estado sometido á esfuerzos demasiado intensos, á una tensión de espíritu demasiado prolongada.

Una neumonía reviste la forma infecciosa en el soldado recargado por marchas forzadas, como en el joven que ha trabaja-

do con exceso para la preparación de un examen.—Es que, en ambos casos, el mal evoluciona sobre un terreno viciado por los productos de desasimilación.

Así, pues, mientras la ciencia no haya logrado establecer una teoría completamente satisfactoria del recargo intelectual, los hechos de observación nos obligan á consignar una marcada analogía entre los resultados del exceso de ejercicio físico y los del abuso del trabajo mental.

Esta analogía se manifiesta lo mismo en los grados ligeros de la fatiga que en los casos graves del recargo.

Hay un fenómeno material muy fácil de observar, y desde hace mucho tiempo señalado á la atención de los fisiólogos, que acompaña al exceso de trabajo muscular; el aspecto turbio de la orina. Esta perturbación es debida á la presencia en exceso de productos de combustión incompleta; los uratos y el ácido úrico. Ahora bien; la misma alteración que se observa en la orina, después de una marcha forzada, se produce con frecuencia después de una fuerte tensión del espíritu; hemos podido observarlas por nuestra parte, después de acabar un capítulo laboriosamente estudiado.

Después del ejercicio muscular, lo que se elimina por la orina, en forma de ácido úrico, son los residuos nitrogenados del músculo. ¿Ocurre lo mismo después del trabajo cerebral, y lo que el organismo elimina son moléculas nitrogenadas de la sustancia nerviosa imperfectamente quemadas? No se puede, hasta ahora, contestar á esta cuestión de un modo satisfactorio; pero lo que puede presentarse como un hecho tan cierto como curioso, es la semejanza de composición que presentan los precipitados de la orina después del trabajo físico y de la fatiga espiritual. En ambos casos, lo que se elimina con exceso son uratos.

La identidad de composición química no es la única analogía que presentan los residuos debidos al trabajo físico con los que resultan de la actividad intelectual exagerada. El exceso de producción de estas dos clases de residuos puede ocasionar en la salud perturbaciones idénticas.

Se ha notado muchas veces, en las personas predispuestas á la gota, la producción de un violento acceso después de fatigas

físicas excesivas, y los médicos atribuyen la explosión de estos accidentes agudos al exceso de ácido úrico en alta dosis en la sangre.

También está probado que una fuerte tensión del espíritu, tal como se sufre en el curso de un trabajo mental excesivo, produce, lo mismo que el ejercicio físico, un acrecentamiento del ácido úrico en la sangre, y llega también á producir un acceso de gota. Si, en el orden físico, una cacería, por ejemplo, es seguida con frecuencia de un violento acceso en los gotosos, se han citado bastantes casos en que tales accidentes son manifiestamente consecuencia de un exceso de trabajo intelectual. Un caso se ha hecho célebre; el de Sidenham, autor de un tratado notable sobre la gota, y que fué atacado de su primer acceso inmediatamente después de haber acabado su libro.

Así, los hechos de observación diaria, lo mismo que las deducciones sacadas de la fisiología, nos autorizan para decir que una estrecha analogía une los efectos de la fatiga intelectual con los de la muscular. Esta primera conclusión parece ya suficiente para hacernos muy circunspectos en la aplicación del ejercicio corporal á las personas recargadas por el trabajo del espíritu.

Pero si descendemos á los detalles, si hacemos un análisis sumario de los principales ejercicios usados generalmente en nuestra época, veremos que cada vez es más notable la analogía del ejercicio del cuerpo y el trabajo intelectual. En los movimientos difíciles de la gimnasia, en la equitación y en la esgrima, veremos que el papel del cerebro y de los nervios llega á ser tan importante como el de los músculos.

(Continuará.)

LA EDUCACIÓN DEL SISTEMA NERVIOSO,

por Henry H. Donaldson,

Profesor en la Universidad de Chicago (1).

La educación consiste en modificaciones del sistema nervioso central, cuyos elementos celulares están peculiarmente dispuestos para esta función. Son estos elementos plásticos, en el sentido de que sus conexio-

(1) De la *Educational Review*, New York, Febrero, 1895.

nes no están rígidamente fijadas ó limitadas, hasta bastante tarde en la vida; y recuerdan, ó para usar una expresión fisiológica, tienden á repetir reacciones anteriores. En virtud de estas facultades, las células pueden adaptarse á las nuevas condiciones y aprenden á responder con gran precisión y celeridad á aquellos impulsos, como si fueran familiares, porque son importantes.

En su tamaño y desarrollo, el sistema nervioso es precoz. Mucho antes del nacimiento, todas las células destinadas á componerlo están ya formadas, aunque de ningún modo desarrolladas, en el sentido de que hayan adquirido su forma y sus funciones que le son características en la madurez. Al final de la vida embrionaria, los nervios sensitivos se extienden rápidamente; y quedando establecida entonces la conexión entre las células centrales con las superficies que limitan el cuerpo, toda experiencia constituye una educación. El acto de vivir es pues un proceso natural educador de la mayor importancia; aunque sea usual restringir el término «educación» á una serie de hechos mucho más formalizados, que entran en el período escolar.

Esta educación formal, como tal, puede tener objetos que son tan perfectamente distintos, como los de la gimnástica y la atlética, en el campo de la educación muscular. En sus tipos extremos, estos dos fines se distinguen por el hecho de que la atlética, como la educación técnica, prepara al individuo á hacer algunas cosas que su tiempo y generación considera deseables; mientras que la cultura ó método gimnástico procura perfeccionarla por un mejor ejercicio de los puntos débiles, hasta que sus actividades puedan ser más completas. En la primera educación, el método de cultura, aunque con frecuencia disfrazado, es sin embargo el principalmente seguido, y la significación de este método es lo que aquí consideraremos.

En el desarrollo del sistema central, se encuentra que, en primer lugar, se forma un tejido anatómico. En este tejido están representadas, en esquema, las estructuras nerviosas cuyas funciones son más fundamentales. Los que crecen posteriormente,

son localmente reforzados y organizados y, por el establecimiento de vías de asociación, adquieren á la vez una influencia más amplia y mayor complejidad de reacción.

En la historia de este desdoblamiento de los centros nerviosos, aparecen tendencias atávicas. Más interesantes quizá son la capacidad prensil del dedo pulgar del pie y la aptitud de los niños para suspenderse durante las cuatro primeras semanas de vida (1). Estas capacidades, como el reflejo de la succión, desaparecen más pronto ó más tarde, sin dejar rastro tras de sí; pero cabe poca duda de que un examen minucioso de los centros correspondientes mostraría una base histológica peculiar para las reacciones. Es muy raro que una facultad que desaparece pueda sorprenderse; aunque hay grandes motivos para pensar que muchas fases ancestrales se han mostrado por algún tiempo y después han sido oscurecidas por la madurez del cerebro.

En el desarrollo, viene primero la sensibilidad. Sin duda, el sistema sensorial en ciertos monstruos humanos puede estar bien desarrollado, aunque los elementos central y motor sean bastante defectuosos. A esta sensibilidad general, que evidentemente asoma muy al principio en la vida del feto, y sin la cual el sistema central deja de tener significación, se agregan rápidamente, hacia el tiempo del nacimiento ó poco después, las sensaciones más especiales de gusto, olfato, tacto, oído, vista y temperatura. Luego, cuando la organización progresa, vienen las emociones de miedo, asombro, cólera, inmediatamente seguidas del desarrollo de la inteligencia y la voluntad, con la facultad del lenguaje y la conciencia de sí mismo. No es este lugar propio para ensayar la reducción de todas estas varias expresiones (ó sea, de los grados de desarrollo mental) á sus equivalentes fisiológicos. Desde que, siguiendo al nacimiento, los sentidos especiales primero se hacen útiles, las varias reacciones del individuo se asocian por costumbre con la vista ó con el oído. Que esto es en algún modo producto de la casualidad, la educación de todos los individuos defectuosos lo demuestra. El

(1) Robinson, *Nineteenth Century*, Mayo, 1891.

desarrollo de las partes del cerebro destinadas á la mediación entre las sensaciones especiales, como el oído ó la vista, es rápido al principio, después lento, pero continuo hasta la madurez, como lo muestra la continuación del crecimiento cortical. Con el refinamiento de la percepción sensitiva y los cambios centrales concomitantes, viene un aumento correspondiente en el dominio ejercido por los elementos motores; y, en estos mismos, á su vez, otro aumento en la energía, cuidado y rapidez con que responden.

Tal es, á grandes rasgos, el desarrollo, desde el punto de partida de la creciente organización del sistema. Entre sus elementos constitutivos, sensitivos y centrales, se verifican cambios de diferente especie. En los individuos muy jóvenes, los procesos mentales son limitados, por el hecho de que la memoria es muy pobre. A medida que esta facultad aumenta, se hace posible mantener la imagen mental durante un tiempo mayor, hasta que por fin una gran porción de las operaciones mentales envuelven el empleo de dichas imágenes, que pueden estar presentes en las formas de cualquier sentido. Así, el niño recibe primero impresiones que son inmediatamente olvidadas; después, otras, que recuerda durante algún tiempo; y por último, acumula una provisión de recuerdos, que entran como factores modificadores en toda su actividad mental subsiguiente. La edad avanzada tiene de común con la niñez que las imágenes se equivocan con facilidad; pero cuando son útiles, en el período de la senectud son más completas.

El estudio de la afasia sensitiva, entendiéndose por eso la pérdida de la facultad de reconocimiento ó de expresión, consiguiente á una afección de los elementos sensoriales ó centrales, ha ayudado mucho á entender la manera como están construídas estas imágenes mentales. El análisis indica que la noción de una campana de bronce se construye sobre su olor, sabor, temperatura, peso, forma, color y sonido que produce, aun cuando sobre la información obtenida por la vista y el oído es sobre la que comunmente nos apoyamos; pero una persona ciega y sorda da más importancia á las demás fuentes de información. Cuando se recibe una impresión

de una campana, el hecho puede ser indicado por un sonido, el nombre ó un ruido imitativo; un gesto de cualquier clase; una pintura, ó una palabra escrita. En las personas que usan habitualmente la mano derecha, la afección del hemisferio cerebral izquierdo, entre las regiones motoras y sensitivas, es la que con más frecuencia da principio á los síntomas de afasia. Los síntomas varían con la localización y proporciones de la lesión; pero dependen de la paralización ó disminución del impulso nervioso en algún punto entre su llegada á la corteza y su traslación á las células eferentes usadas para la respuesta. El estudio de pacientes afásicos ha puesto de manifiesto el hecho de que pueden faltar algunas ó muchas de las varias circunstancias que supone el reconocimiento de la campana por medio del principal sentido y su expresión por la vía usual, la palabra escrita ó hablada. Así, por ejemplo, el paciente puede ser incapaz de pronunciar ó escribir la palabra «campana», cuando sólo ve una campana, y al mismo tiempo ser capaz de las dos cosas, si, además de verla, la oye. O el sonido puede facilitar solamente la palabra escrita, pero no la hablada; y así, todas las posibles combinaciones de sensaciones y formas de expresión. Del mismo modo, los impulsos que llegan á un centro expresivo y resultan demasiado débiles para producir su descarga, pueden, sin embargo, resultar eficientes si se combinan con los impulsos correspondientes de otro centro sensitivo á que el objeto también se dirige. Por tanto, el paso de los impulsos de todos los centros sensitivos estimulados por el objeto es el que da las bases para la más perfecta respuesta.

Los estudios clínicos de este género dan base á la idea de que la presencia de un objeto á cualquiera de los sentidos revive la imagen mental de este objeto en las formas de los demás sentidos que pueden ser excitados por él, y antes lo han sido, y de que, cuanto más vivas son estas imágenes asociadas, más clara y completa es la concepción. Cuando se acorta la posibilidad de formar esas extra-imágenes (que podríamos decir), la concepción se hace más débil, más especial y menos fidedigna. Cuando la vista de la campana nos impulsa á nombrarla, los cambios operados en el cerebro no

son duplicados de los que ocurren cuando su sonido nos ha llevado á la misma reacción. En los dos casos, los mismos centros expresivos han sido directamente excitados por *diferentes* grupos de fibras: en el uno, del centro auditivo; en el otro, del visual; y los recuerdos secundarios se han modificado en correspondencia con ellos.

Las consecuencias de estos hechos son muy amplias. Entre los mamíferos, es una observación familiar que algunos, como la rata, dependen del sentido auditivo, ó como el gato, de la vista, ó como el perro, del olfato. Esto indica que las imágenes mentales que dirigen á estos animales tienen lugar en las formas del sentido dominante; y anatómicamente, que los centros corticales correspondientes á este sentido, son los mejor conexiónados con las áreas motrices. Cuando se compara á los hombres, caben muy grandes diferencias en estas disposiciones, siendo generalmente más bien la vista que el oído el órgano dominante. En parte, estas disposiciones se deben, sin duda, á la educación; pero probablemente mucho más á la anatomía.

Es interesante notar que, en estos tiempos de imprenta, una gran porción de nuestras noticias de segunda mano nos llega por la vista; mientras que, en los siglos anteriores, el oído era la fuente principal. Además, debido á particularidades anatómicas, un individuo puede ser persuasivo con la pluma, y sin embargo, dudoso como orador. Tales combinaciones familiares pueden explicarse fácilmente. Un centro sensitivo dado en el cerebro no está unido indiferentemente con cualquier otro centro para el movimiento de la mano y brazo al escribir, ó de los músculos de la fonación usados para hablar; sino que pueden existir en esta relación grandes diferencias: como si el hombre que escribe y el que habla fuesen personas distintas. Desde este punto de vista, la eficacia de las imágenes mentales parece depender del número y fluctuación de las sensaciones secundarias que las acompañan. Cuanto mayor es el número de estas, más cierto y preciso es nuestro pensamiento. Por esta razón, el desarrollo de la inteligencia está asociado á la perfección de más de un órgano sensitivo; en tanto que la confianza en una sola vía sensitiva (aunque puede producir reac-

ciones muy precisas, graduadas según la intensidad de aquella única clase de estímulo) nos deja sin aquellas sensaciones colaterales que forman la base de la distinción y comparación necesarias para un juicio.

En las ecuaciones biológicas, los valores de los distintos factores están normalmente abiertos, á menudo, á grandes variaciones. Yo he insistido ya en otra parte (1) en la triple composición del sistema central: una división aferente ó sensitiva, otra central ó distributiva, y la tercera motriz ó eferente; cada una de estas divisiones está representada por una porción anatómica distinta. Pronto se ve que un grado desusado de facilidad para responder, en las células centrales, nos da el tipo intelectual de reacción. Cuando la porción eferente está bien organizada, se encuentran las condiciones anatómicas para el hombre de negocios ó de acción; en tanto que la exageración de los componentes aferentes ó sensitivos conduce á una existencia puramente pasiva, ó á la histeria, según las circunstancias.

La conexión entre los ejercicios de educación formal y el cambio cerebral no es muy íntima. No se sabe cómo los años de escuela afectan al sistema central, y no es probable que llegemos pronto á hechos de esta especie. Son importantes, sin embargo, los hechos de crecimiento anatómico durante este período, y á estos sí se pueden dar plausibles explicaciones.

El objeto del momento, por tanto, es determinar qué limitaciones pone la anatomía al proceso educativo, y de este modo obtener una base racional, desde la cual atacar muchos de los problemas pedagógicos. Parece probable que la educación de las escuelas sea solo una circunstancia, y de las más insignificantes, entre las muchas que rodean é influyen en el desarrollo. El promedio de los individuos está al principio sometido á una educación formal, á eso de los tres años de edad. En este tiempo, el número de elementos celulares está completo, y la historia de las futuras organizaciones, determinada á grandes líneas

(1) Se refiere á un libro titulado *El crecimiento del cerebro* (*The Growth of the Brain*), próximo á publicarse, y del cual este trabajo es un capítulo.

por la primera disposición. El examen muestra que sólo una fracción de los elementos ha comenzado á desarrollarse; aunque el crecimiento es visible en todos y algunos de los más precoces ha llegado casi á su tamaño final. El encéfalo á esta edad tiene más de dos tercios de su peso de adulto. Durante este último grado del período de crecimiento, que, seguramente, puede continuar hasta los 40 años, es cuando la educación formal está llamada á modificar el sistema central. Hay razones anatómicas para pensar que esta última organización pide sólo ligero aumento de peso, aunque tiene mucho efecto en la reacción posible: porque si muchos elementos nerviosos están en el período granular de desarrollo y sin prolongaciones, otros, por el contrario, poseen prolongaciones que han llegado casi al último grado necesario para el establecimiento de plenas conexiones funcionales con las células vecinas: y de aquí que el cambio constructivo sea, para estas últimas, muy pequeño. El motivo para este cambio, en tal ó cual parte del sistema, es probablemente la mejora de la circulación, que da un contingente mayor de sangre, y la acción directa de los impulsos nerviosos, que ponen á las células en una disposición química favorable al mejor uso del alimento que las rodea. En estas condiciones, deben ocurrir dos cosas. La educación, viniendo así al final en la historia del desarrollo, no debe producir ningún cambio fundamental en la arquitectura general de ningún sistema; sólo en alguna medida puede reforzar, por el ejercicio, las estructuras formadas y en parte despertar á la actividad el remanente de células dormidas, todavía sin organizar.

Ninguna acumulación del cultivo producirá buen crecimiento donde las células nerviosas sean pocas y mal nutridas; pero un cultivo cuidadoso puede hacer mucho donde las haya con impulsos enérgicos inherentes hacia el desarrollo. Por razones neurológicas, por tanto, la educación se debe considerar como mucho menos importante que la naturaleza; y en este sentido, la capacidad que admiramos en las personas notables son ciertamente más bien innatas que adquiridas.

Entre los niños, hay las mayores varia-

ciones en la composición congénita de sus sistemas centrales; y la semejanza no es de desear ni fácil que ocurra, salvo entre los miembros de la misma familia, y, mejor todavía, en algunos casos de gemelos. Es probable que merced al proceso de la cultura de la educación escolar, las estructuras formadas tiendan á reforzarse; los elementos dormidos, á despertarse á ulterior crecimiento; y la organización hecha, á perfeccionarse en tal ó cual dirección, según la naturaleza del ejercicio. Reforzando las células formadas, sus facultades de reacción diferencial, de memoria orgánica y resistencia á la fatiga crecen. Asociando sistemas de reacciones musculares con determinadas impresiones sensitivas, se establecen ciertos hábitos á consecuencia de ulteriores organizaciones entre los elementos, y finalmente, aparecen los ritmos nutritivos asociados á los períodos de actividad y descanso, dando por resultado la economía de la energía corporal y la mayor eficacia de su gasto. En general, la facultad del discernimiento de los sentidos aumenta con la edad, porque ese discernimiento depende principalmente de disposiciones centrales, que no están completamente elaboradas en los primeros años; pero en cuanto depende de disposiciones periféricas, puede realmente decrecer. Así Czermak ha puesto en evidencia que la facultad de discernir dos puntos en la piel es más fina en los niños que en los adultos, debido á la mejor inervación de la piel en los primeros: pues, á medida del crecimiento, la piel aumenta en área más rápidamente de lo que aumentan en número los nervios que la sirven. En esa facultad de discernir, basada en la condición de los órganos sensitivos periféricos, se encontrará probablemente la condición anatómica que gobierna en gran parte la escala de las acciones humanas. De aquí que tengamos presentes las dimensiones de las cosas hechas por el hombre clasificando desde las más minuciosas, penosas y esmeradas construcciones hasta las amplias y generalmente descuidadas. Quizá las escalas extremas, halladas en la pintura y en la escultura ilustrarán mejor el punto.

(Concluirá.)

ENCICLOPEDIA.

LA PROTECCIÓN Á LOS CEREALES,

por D. Manuel Pedregal, ex-Ministro de Hacienda,

Diputado á Cortes.

I.

Las ideas liberales en el orden económico están vencidas en España. No muertas, dice un amigo mío, y es verdad; no muertas, con muchísimo vigor. Bastará con que se examine detenidamente el problema económico, para que renazcan las ideas liberales, que tanto menoscabo han sufrido en estos últimos años.

Es un pequeño detalle, aunque de suma trascendencia, porque afecta al principal alimento del pueblo, es un pequeño detalle en la gran cuestión económica, la subida de los aranceles.

Había empezado á renacer España desde 1882 con una reforma liberal, no atrevida por cierto, combatida por nosotros; y en el corto número de años en que imperó esa reforma, la riqueza en España tuvo gran desarrollo y los presupuestos se encaminaban á la nivelación; pero, desde la reforma de 1891, nos alejamos cada día más de la nivelación del presupuesto y el estado del país se ha comprometido hasta tal punto, que las fuentes más abundantes de riqueza se van agotando.

En esta clase de cuestiones, importa ante todo conocer los hechos, fijar con precisión los datos; y por lo mismo que hablamos muy pocas veces los que tenemos ideas liberales en el orden económico, los librecambistas, importa que ahora, en estos momentos, recordemos lo que ha hecho por la riqueza patria el sistema proteccionista. Empiezo por establecer que el sistema librecambista no ha regido jamás en España; y esto nadie lo sabe ni nadie lo denunció con tanta elocuencia como mi digno amigo el Sr. D. Francisco Silvela, el cual, cuando D. Laureano Figuerola presentó su proyecto de reforma arancelaria en 1869, en alta voz y con gran elocuencia le denunció como proteccionista, le denunció por faltar á la consecuencia de sus ideales liberales.

Y en efecto, faltaba á la consecuencia de sus ideas liberales el Sr. Figuerola; pero

él mismo lo declaraba, afirmando que había hecho un arancel proteccionista con tendencias fiscales, no con tendencias librecambistas. En la reforma de 1869, no hubo más que una tendencia fiscal, y, por lo tanto, era en su esencia y en sus detalles un arancel proteccionista, y aun esa reforma se suspendió en 1875, apenas vino la restauración. En tiempo del Sr. Camacho, hubo una aplicación tímida, muy mermada, de aquel arancel, y, sin embargo, el comercio español adquirió un vigor desconocido y la industria progresó de una manera notoria desde 1882 á 1891.

Llegó el comercio exterior de España en 1891 á cerca de 2.000 millones: 1.018 de importación, y 932 de exportación. En el quinquenio anterior á ese año, la importación anual fué de 870 millones y la exportación de 850; notándose en el aumento de la importación y de la exportación de 1891 un fenómeno que se debe tener en cuenta, y es que aumentaba la exportación más que la importación, proporcionalmente, pues casi llegaban á nivelarse, con lo cual desaparecía uno de los grandísimos inconvenientes de los cambios con el extranjero. Nuestra exportación pagaba la importación; y si se tiene en cuenta el producto de nuestros trasportes, nuestra importación tenía compensación sobrada con la exportación y con el servicio de trasportes marítimos prestado á otras naciones.

Desde la reforma arancelaria del 91, han bajado tan rápidamente la exportación y la importación, que casi se reducen á la mitad de lo que fueron en 1891. ¿Cómo se quiere que no padezcan grandemente el comercio y la industria? ¿Cómo no ha de empobrecerse España? En primer lugar, casi ha concluído nuestra industria vinícola. Teniendo una riqueza tal y de tales condiciones, nos hemos convertido en apóstoles de la protección y nos hemos puesto en contra de nuestra exportación vinícola, y de otra riqueza de exportación en grande escala, de los plomos, y de la minería en general: hemos venido á herir esa misma riqueza minera, que es el fondo de donde hay que sacar grandes cantidades para la industria protegida, ó para proteger á los que viven á costa de industrias no protegidas. Otra gran industria española, la indus-

tría olivarera, que no puede tener ni tiene protección alguna, que no tiene más protección que la que le dé el mercado extranjero, está muerta por el gas, por el petróleo, por la electricidad y por otros adelantos. ¿Por qué no hacer para proteger á la industria olivarera algo de lo que se está haciendo por la industria triguera? ¿Por qué no declarar la guerra al gas, al petróleo, á todos los competidores del aceite en España? Esto es imposible; pero lo que es posible se hace, aunque sea para mermar productos de industrias, que tienen más protección que la del mercado universal, que no pueden encontrar en España auxilio, porque lo tienen allí donde es necesario que sacrifiquen sus aspiraciones otras industrias.

Los productos del suelo constituyen la riqueza de España, y no consisten sólo en el trigo; consisten en las frutas verdes y secas, cuya exportación necesariamente ha de resentirse con las actuales medidas. Quien examine con cuidado la estadística de nuestro comercio exterior, desde luego observará que se desarrolla la importación á medida que se desarrolla la exportación, y que no puede haber exportación sin la importación correspondiente. No se pagan los productos extranjeros con metal precioso.

Todo el que observe lo que es el inmenso comercio colonial que tiene el Reino Unido, y el menguado papel que desempeñan la plata y el oro para los cambios entre los productos extranjeros que se importan en aquel Reino y los productos que de allí se exportan, se convencerá de que necesita una gran importación de productos extranjeros y una gran exportación de productos nacionales; porque allí donde se suprime la importación, la exportación se resiente por necesidad y muere. Esto ha sucedido en España. En España, teníamos una exportación creciente de productos nacionales, que hoy quedan en territorio español, y no se exportan porque no se importa lo que estimulaba la exportación, con la cual se pagaban los productos extranjeros.

Esta es una ley que impera en el comercio exterior; es una ley que sin trabajo descubre el que examina detenidamente este fenómeno económico, pero que no ha in-

fluído en el ánimo de aquellos que han pensado que con medios empíricos y arbitrarios se puede proteger una industria, sin lastimar á las demás; más aún, sin quebrantar aquella misma industria que se protege, porque en realidad queda herida con todas las demás industrias nacionales, por la sencilla razón de que el mercado nacional para determinadas industrias se empobrece, se aniquila y no sirve para nada, y el mercado exterior se cierra á cal y canto. Con esto viene, la paralización completa, que es el término hacia donde vamos inclinándonos con este comercio, tan mermado, de poco más de 1.200 millones de pesetas, cuando hemos llegado á 2.000 millones en el año 1891.

Reconozco que está la agricultura en gravísima situación, en una situación desesperada para los viticultores; que lo está para los olivareros, y que lo está también para los productores de trigo, especialmente en Castilla. Y ¿qué hacemos por la industria agrícola? ¿Qué hacemos por la industria olivarera? ¿Qué hacemos por la industria minera? ¿No son industrias interesantes y eminentemente nacionales? ¿Qué hacemos por los trigos? Perpetuar á los productores en el sueño, en la rutina, en un estado de atraso, que es realmente una vergüenza, comparando el estado de nuestra agricultura con el estado de la agricultura en Europa.

II.

Lo que acontece en este momento es que el mundo se trasforma bajo la acción de los trasportes. Se han realizado grandes progresos en la navegación; se han descubiertos corrientes submarinas que antes eran desconocidas; se ha determinado la ley de las corrientes aéreas, y de esta manera la navegación de vapor y la navegación de vela tienen rumbos seguros y rápidos. Así se explica que el Oriente y el Occidente estén en constante y permanente comunicación, y que á muy cortó precio y con pocos hombres se pueda regir una nave desde el extremo Oriente hasta el extremo Occidente; los fletes cuestan poco, las distancias se salvan con suma rapidez, y sucede que las producciones del Norte de América son producciones de Europa. ¿Se quiere poner un obstáculo á

esa marcha rápida del progreso humano que lleva los trigos de todas partes en el mundo allí donde se necesitan? Europa es un territorio pobladísimo, que no produce el trigo que necesita y es necesario traerlo de todas partes, si ha de continuar viviendo y desarrollándose; y habiendo descubierto el progreso medios rápidos de traer los productos que necesitamos para la alimentación del pueblo, y siendo la falta de alimentos una desgracia á la cual hemos de oponer una compensación, tengo por insensato que se ponga una limitación á la vida.

¿Qué contradicción es ésta? ¿Cómo es posible que España, en medio del universo mundo, se aisle y luche con todo el progreso que se viene encima, abaratando las producciones, y sobre todo aquellas que son indispensables para la vida, para el alimento del pueblo? En España, sucede ahora lo mismo que en otro tiempo ocurrió en Inglaterra, en Dinamarca, en Bélgica, en Holanda y en otras partes.

Cuando en Inglaterra se suprimieron las leyes de cereales, se arruinaron los productores de trigo; pero bajo el estímulo poderoso de la necesidad transformaron su cultivo; é Inglaterra, que no producía mucho más que España, produce en estos momentos 28 hl. por hectárea, mientras que Castilla apenas produce más de 5 ó 6. El Sr. Becerro de Bengoa decía en el Círculo de la Unión Mercantil que en España la hectárea producía 8 hl.; y al día siguiente recibió una rectificación de un amigo suyo, propietario de Palencia, diciéndole que en Castilla no produce la hectárea, por término medio, más de 5 $\frac{1}{2}$ hl. Pues en Inglaterra, empleando la maquinaria que se debe emplear, produce 28 hl. ¿Por qué no emplearla en Castilla la Vieja, en la Mancha, en Andalucía y demás comarcas productoras de trigo? ¿Qué razón hay para que no se apliquen todos los medios de progreso, á fin de que llegue á producir en España la hectárea, si no los 28 hl. de Inglaterra, ni los 26 de Bélgica, ni los 24 de Dinamarca, siquiera lo que produce en Francia, que ha llegado á 16 ó 17?

Nosotros tenemos abonos abundantes, que se llevan las naciones extranjeras para fertilizar su suelo y obtener una gran producción. Lo que allí consiguen, ¿no lo podemos nosotros conseguir?

¡Que no hay dinero! se dice. ¿Tenía dinero Dinamarca, país pobre? ¿Tenían dinero las comarcas de las orillas del Rhin, que, no obstante ser pobres, han transformado su cultivo?

Ya sé que es imposible en Castilla la producción del trigo, con un interés de 25 por 100 con hipoteca, y á veces con el interés de 20 por 100 desde Abril á Agosto.

En la información de 1887, una Junta de Agricultura, Industria y Comercio declaró que la usura es de 25 por 100 con hipoteca, y declaró también el Ayuntamiento de Tordesillas que el dinero produce el 20 por 100 desde Abril á Agosto: en cuatro meses. Ya sé que es absolutamente imposible, con usura tal, una producción en buenas condiciones económicas; pero los que consienten ese estado de iniquidad, los que se llaman y son clases directoras y tienen la propiedad de la tierra, al consentir tal cosa, no tienen derecho para imponer al resto de la nación española sacrificios como este de pagar el 90 por 100 sobre la base de la alimentación, manteniendo el estado de la población agrícola en situación tan miserable y desesperada como significa el tener que sujetarse á la usura del 25, y más, por 100. ¿Que qué se va á hacer? ¿Qué han hecho las poblaciones de las orillas del Rhin? Pues han creado Cajas agrícolas, Cajas que estaban en el programa de la Liga agraria.

La Liga agraria incluyó en su programa la formación de Cajas agrícolas, sin saber lo que iba á resultar. Yo conozco la historia de muchas de las reformas de la Liga agraria, y conozco la ineficacia de ellas porque no se sabía bien lo que se iba á hacer.

Cuando no hay dinero se necesita recurrir al crédito, y cuando el crédito individual falta, se crea el crédito colectivo, se crea la solidaridad, y en ella deberían haber buscado un firme apoyo los propietarios de Castilla; ese era y es su deber.

Castilla tiene tierras que cultivar, tiene hombres honrados que la cultiven, tiene castellanos y la honradez encarnada en ellos; es un pueblo que tiene trabajadores llenos de actividad y de vigor, pero que no conoce los adelantos del extranjero.

Lo más grave de todo, el obstáculo supremo que se opone á la transformación

de la agricultura en Castilla, es el desconocimiento de los resortes del crédito y la falta de dinero.

Con dinero, y en su defecto con crédito, se obtiene lo que han obtenido otros pueblos como Dinamarca, un rincón del Norte, pobre por su suelo, grande y poderoso, aunque sea escaso su territorio, por la energía de sus moradores; el segundo en riqueza, por habitante, del globo entero; va inmediatamente después de Inglaterra. Pues era un pueblo pobre; y ese pueblo, ahora que se ha visto amenazado por los trigos que vienen de América, de la India y de otras partes, ha transformado su cultivo rápidamente; y cuando se le ha querido favorecer en la producción de trigos con la protección, se han opuesto los labradores; y las Cámaras de Comercio dinamarquesas se han opuesto también; y transformando su cultivo, hoy dan granos á Alemania, sin esperar que vengan á redimirles, cuando ellos pueden redimirse á sí propios. Si se mata la energía del individuo, si se le hace creer que puede recibir del Gobierno, que puede recibir del Estado beneficios que no ha de recibir sino de su propia acción, de su actividad enérgica, se lleva al país al retroceso y á la ruina.

Con dinero, y en su defecto con crédito, se adquieren las máquinas de que carece nuestra industria agrícola. ¿No es una vergüenza que la maquinaria sea casi desconocida en Castilla, en Aragón, en Extremadura, y en Andalucía? ¿No es una vergüenza que esto suceda en esas inmensas planicies, en donde el vapor podría moverse con entera libertad? ¿Qué ha hecho Hungría, que ayer todavía no obtenía más de siete semillas por una, exactamente lo mismo que en Castilla? Al conjuro de las clases directoras que se pusieron al frente de los agricultores y les han suministrado crédito, bajo su responsabilidad siempre, han adquirido maquinaria perfecta, han transformado los cultivos, y hoy Hungría es un pueblo exportador de cereales. ¿Por qué no había de ser pueblo exportador de cereales este pueblo de Castilla, este pueblo de Extremadura, este pueblo de Andalucía y de Aragón, este pueblo que tantas condiciones tiene para la producción de trigo? Pero ¿cómo ha de exportar, si no produce para sí y tiene, sin embargo, la pretensión de

monopolizar el mercado cubano para trigos, no del suelo nacional, sino de suelo extranjero? Lo que en esta tierra de España pasa es más que vergonzoso.

Esa misma Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Medina del Campo (no voy á buscar testimonios fuera de Castilla) reconoció en la información de 1887 que los precios del trigo del mismo año oscilan entre 8 y 16 pesetas: 8 pesetas, cuando el pobre labrador cosecha sus trigos y necesita pagar sus deudas y atender á sus obligaciones más apremiantes. Entonces, se precipitan todos en el mercado con sus trigos y aparece el almacenista, aparece el que después ha de ser su bienhechor, comprando á 8 pesetas la fanega, que después vende á 16 á los mismos que han enajenado su trigo á 8. Esto es lo que resulta de la información de 1887. Nada de lo que digo es producto de mi imaginación; vengo refiriendo lo que aparece como historia en la información de 1887.

Son múltiples los testimonios en apoyo de que los pobres labradores, los pequeños propietarios han vendido aquello que podían vender, aquello de que podían disponer. Eso ha pasado á manos de los acaparadores, Conservan algunos grandes propietarios sus cosechas; pero no las conserva el primer consumidor de trigo, que es el labrador mismo, el cultivador de la tierra, ese que mayor necesidad tiene de pan, para vivir algunas veces con un poquito de aceite y nada más.

Los cultivadores de la tierra, los pequeños propietarios, entregaron ya sus trigos que pasaron á manos de los acaparadores, y ahora han empezado á subir los precios, realizándose ese movimiento de todos los años, que oscila en baja, primeramente; para no dar más que 8 pesetas por fanega, y que se acelera después, para ascender á 16 dentro del mismo año. El pobre labrador vende á 8 pesetas y compra á 16: este es el hecho. Y en tales condiciones, en este momento de alza de los precios, es cuando empujamos el péndulo para elevarlos más aún, de una manera ficticia, acentuando todavía la subida que tendrían necesariamente, si no vinieran á contener ese movimiento de progresión los trigos procedentes del extranjero, como enviados por la Providencia. El proteccionismo se opone á los

mandatos de la Providencia, no quiere que la uniformidad del precio se mantenga durante todo el año, porque de esa manera... no quiero continuar.

Lo que acontece es que en este momento se da un paso, y un paso de gigante, en el progreso humano, que en el orden económico consiste siempre en suprimir toda recompensa por el uso de las fuerzas naturales. Cuando se monopoliza el uso de las fuerzas naturales; cuando ese monopolio no se debe á la producción de la riqueza, al esfuerzo humano, al aumento de valor que adquieren los núcleos de fuerzas naturales; y en todo caso, cuando las fuerzas naturales sirven de base para exigir de otros hombres servicios ó remuneraciones que no están completamente justificadas ó legitimadas por la producción anterior, en ese caso hay una verdadera usurpación. Con el movimiento que ahora se nota, cambiándose de una manera tan fácil los productos de la tierra, lo que sucede es que los intereses más amenazados no son los de la agricultura, no son los del trabajador: son los del propietario. En realidad, cuando aparecen trasformaciones de esta naturaleza, el que sufre, el que padece, es el derecho del propietario, que tiene que reducir sus rentas, porque el pobre labrador nada tiene que esperar de los precios altos ó bajos; lo general es que el pequeño cultivador consume todo lo que produce, y el precio le es indiferente.

Esto se apoya en el estudio de la historia, en el estudio del progreso humano. Siempre que acontece algo como lo que en estos momentos se está realizando, sucede que fuerzas naturales entran en el uso general sin remuneración. Fuerzas naturales contiene la tierra, que no han sido producto del trabajo humano y por cuyo uso algunos suelen abusar del trabajador. Pues cuando ese abuso no se realiza, cuando el cultivador hace uso de las fuerzas naturales sin retribución, entonces tiene lugar un enorme, un inmenso progreso en la historia, y ese ha sido el camino que van siguiendo todos los progresos.

III.

Otro fenómeno se está realizando á nuestra vista. Los salarios no tienen por

regulador el precio del trigo; pero el precio del trigo es uno de los factores principales para la regulación de los salarios, por lo mismo que la carestía de la vida influye en todos los fenómenos sociales. Pues cuando facticiamente en un pueblo se encarece la vida para el trabajador y se eleva el salario, el hecho ejerce una influencia decisiva en el resto de la actividad humana, bien se aplique á la industria, ó al comercio, ó á cualquiera otro orden.

Ahora mismo lo están notando, más que en ninguna otra parte, en Alemania. Alemania, que fué un país exportador de cereales, hasta tal punto se ha trasformado, que hoy importa cereales por valor de más de 250 millones de marcos.

El salario, que allí era inferior á todos los demás pueblos de Europa, es para los trabajadores del campo de 2 marcos en verano y de 1 $\frac{1}{2}$ en invierno. Se ha mejorado con esto la situación de la clase trabajadora, de la clase agricultora de Alemania; pero todas las industrias están sujetas á la acción de la elevación de los salarios, y esto basta para que cunda la alarma en el Imperio, al entrar en competencia con todos los demás pueblos productores; porque Alemania ha pasado á ser un gran país exportador, tiene por mercado el mercado del mundo y necesita ofrecer sus productos en buenas condiciones.

A nadie se oculta tampoco que la energía del trabajador está en relación con la importancia y calidad de los alimentos. ¿Por qué el trabajador inglés rinde más trabajo y su trabajo es más eficaz que el del trabajador de otros países? Porque el trabajador inglés tiene un alimento bueno y barato, más barato que en ninguna otra parte; y en España sólo tiene, principalmente en el Noroeste, un alimento caro y adulterado. De manera, que siendo inferior el salario del agricultor español al del agricultor inglés, es más barato el trabajo del agricultor inglés por lo mismo que es más eficaz y produce más.

Pues bien, los productos de Cataluña ya no se encierran dentro del círculo estrecho del mercado nacional. Cataluña, que ha contraído grandes méritos, traspasa los límites de la frontera española y lleva sus productos al extranjero.

Cataluña exporta, nada más que en algo-

dones, entre 40 y 50 millones de pesetas. Encuentra mercado en América, allí en donde encuentra productos ingleses, franceses, belgas y de todas partes, en identidad de condiciones. Los productos franceses, ingleses, belgas y suizos no pueden venir á competir en el mercado español con los productos catalanes favorecidos por la protección; pero pueden competir con ellos allí donde no hay protección para unos ni para otros.

¿Es justo que la diversidad de precios en la Península y en el extranjero excluya del territorio español las producciones de Inglaterra y que luchen estas en competencia y en igualdad de condiciones con las catalanas en la República Argentina, en el Uruguay, en Portugal y en otras partes? ¡Parece mentira que se quiera hacer pasar por patriotismo el que nosotros paguemos más que los argentinos, que compremos á mayor precio que Portugal, Norte-América y otros pueblos, fuera del territorio nacional!

Recuerdo con verdadero regocijo, que, en una conversación con un obrero de Sabadell, se irritaba en una información contra D. Laureano Figuerola y me decía que su crueldad había sido tal, que les obligó á prescindir de su antigua maquinaria y á contraer deudas para ponerse al nivel de los productores extranjeros en la fabricación; que después habían adquirido excelentes máquinas, y que por fortuna, y gracias á sus esfuerzos, habían dominado la situación, habían pagado las deudas y producían ya en condiciones de competir con el extranjero. ¡Se quejaba aquel honrado obrero; y no comprendía cuánto era el beneficio que debía á D. Laureano Figuerola! Sin el acicate de la concurrencia, sin el estímulo que les puso el intento de reforma (que propiamente no fué reforma arancelaria la del Sr. Figuerola, suspensa en 1875); con el anuncio de una amenaza tan sólo, se han puesto en movimiento aquellos inteligentes obreros y fabricantes; han prescindido de sus antiguos artefactos, han comprado nuevas máquinas y desde entonces ya no les basta el mercado nacional, ya no les bastan los productos de antes ya no se conforman con producir lo que producían: se han puesto al nivel de los mejores fabricantes ingleses y han llegado á una altura envidiable para todos los demás pueblos

industriales. ¿Y á qué se debe esto, principalmente? Pues al acicate que se les puso, á la amenaza de tener competidores.

Si ellos hubieran tenido asegurado el mercado nacional, en 1869, habrían hecho lo que todos hacemos: se habrían dormido sobre los laureles; no se habrían adelantado á intentar reformas; no habrían tomado dinero á préstamo; no habrían transformado sus industrias; en una palabra, no se habría realizado la obra del progreso.

(Concluirá.)

LA PINTURA IMPRESIONISTA FRANCESA,

por el Prof. D. Francisco Giner,

Catedrático de la Universidad de Madrid.

La sala de pintura francesa constituyó probablemente la nota de superior interés que nuestra anterior Exposición de Bellas Artes ofreció para aquellas personas que, ó no han ido nunca, ó no pueden ir con frecuencia á París. Ciertamente, que ni el número ni la importancia de las obras podía dar una idea perfecta del admirable florecimiento actual de aquella pintura, la cual ejerce todavía su influjo soberano en todo el mundo. Pero, aun así, jamás se ha visto en Madrid muestra tan acabada de las últimas tendencias é ideales que persigue.

Fuera de los retratos de Bonnat, ninguna obra de primer orden vino quizá al certamen. Faltaban, además, muchos nombres de alta significación, ya entre los antiguos en sus diversos géneros, como Bouguereau ó Detaille, ya entre los modernistas, como Friant ó Dagnan-Bouveret; algunos de los primeros, como Lefebvre ó Benjamín Constant, no estaban debidamente representados; mientras otros de los últimos, ó aparecían con una muestra insignificante de su primer estilo, v. g. Gervex, ó con obras demasiado acentuadas en otra dirección que la característica de sus mejores cuadros: por ejemplo, Roll. Con todo, el arcaísmo pre-rafaelista de Puvion de Chavannes y sobre todo la novísima corriente que desde Francia se extiende por todas partes, y hasta en nuestro país empieza á tener fervorosos prosélitos, pudieron verse y juzgarse en esta ocasión, tal vez, con suficientes datos. Los impresionistas, ora moderados, como Aublet; ora

radicales, como Besnard; ya paisajistas y marinistas, como Pissarro, Monet, Sisley... todos tuvieron representación. Y para el que en el último concurso buscarse, no sólo un goce estético, sino materia de estudio, la historia de las últimas direcciones y su aparición en algunos de nuestros pintores, señaladamente en Rusiñol y en Casas, presentaba esa exposición suma novedad y atractivo.

¿Qué se entiende por pintura «impresionista»?

I.

Así como, en poesía, al romanticismo ingenuo han sucedido el realismo y el simbolismo, parece haber acontecido cosa análoga, ó poco menos, en la pintura moderna. El neo-clasicismo de David, continuado en cierto modo más tarde por Ingres, concluyó y cedió á la pintura sentimental, dramática y colorista de Géricault y Proudhon, de E. Delacroix, Ary-Scheffer, Robert Fleury, Flandrin y Paul Delaroche. Románticos son en el fondo los pintores del ideal democrático, que pudiéramos decir, como Courbet y Millet, y á veces los representantes del brillante eclecticismo de Meissonnier, J.-P. Laurens, Bonnat, Gérôme, etc. Tras de estos, viene el segundo momento, con los pintores realistas, al frente de los cuales figurará siempre Bastien Lepage, con sus compañeros Gervex, Roll, Duez, Dagnan-Bouveret. Por último, toca el turno á los impresionistas, que abren la serie con Manet y Raffaelli.—Esta parece ser la evolución.

a) La característica de la pintura romántica, ó si se quiere del primer romanticismo (pues esencialmente románticas son todas estas direcciones), ha sido tan discutida y estudiada, que no hay que insistir ya sobre ella. Su concepción de los asuntos en sus cuatro fuentes principales — la historia, sobre todo en el sentido político y exterior, la religión, el paisaje y el género — busca siempre los momentos salientes, dramáticos, llamativos, y los expresa en sus composiciones de un modo sentimental en actitudes, gestos y accidentes. Su luz es suave, como la del amanecer, la puesta del sol, la luna, etc.; el claro oscuro, dulce también, ligeramente acentuado y con escaso

relieve; el color, rico, vario, aunque dentro por lo común de una entonación general, dorada y caliente, y tendiendo siempre á la ostentación y la magnificencia: más enamorados de Pablo Veronés y de Tiziano que de Velázquez. Un sentimentalismo análogo al de la poesía romántica, melancólica y lastimera domina en su técnica, como en su ideal, aun en sus obras más trágicas, grandiosas y solemnes. Por último, interviene también aquí un principio convencional y abstracto, análogo al del neo-clasicismo, aunque en sentido opuesto: porque, en vez de tender á personificaciones generales é incoloras, como la estética de Winkelmann y aun de Hegel, busca lo característico de la individualidad, aunque á menudo en sus rasgos más superficiales y aparentes. Un crítico inglés ha dicho que, en aquella época, pasaba por retrato de Byron cualquier rostro imberbe con un rizo en la frente. Esta es, sin duda, una caricatura, pero fundada, del idealismo romántico.

b) La pintura realista rompe en gran parte con estas tradiciones. Para ella, el asunto no tiene ya que ser llamativo, sorprendente, extraordinario; hasta puede decirse que es uno de sus dogmas la indiferencia del asunto. Antes, sólo por excepción (Velázquez, los holandeses, Watteau, Goya) se había tratado la pintura llamada de género, los momentos diarios y comunes de la vida privada en figuras de tamaño natural y en obras de grandes proporciones; y se comprende el profundo trastorno que debió causar en sus contemporáneos el entierro de *Ornato*, de Courbet. No es éste lugar de indagar cómo el nuevo sentido tenía en gran parte sus antecedentes en el mismo momento anterior. Por el contrario, ahora, se trata aquí de oponer ambos términos de esa evolución que, como todas, es siempre continua. Una escena cualquiera de la vida humana, por insignificante que sea, un campo de trigo, una roca pelada, un celaje, una ola, lo humilde, lo pequeño (1), todo se vió igualado con las más grandes y aparatosas manifestaciones de la naturaleza

(1) Bouguereau dice del famoso *Angelus*, de Millet, aludiendo á lo que representa (un matrimonio aldeano rezando la oración de la tarde en el campo), que es un cuadro que tiene por asunto «una carretilla y dos andrajos.»

y de la vida humana. Schelling y Hegel (el último de los cuales pareció en parte presentir ya este movimiento y que sin duda lo habría detestado) dirían que el realismo hallaba, hasta en el último átomo de la vida, una expresión del Absoluto. Que por una reacción natural contra el antiguo idealismo se haya de aquí pasado á preferir y hasta glorificar lo insignificante, y aun lo feo, y hasta lo repulsivo, es cosa tan lógica, cuanto que en el seno del propio romanticismo ya lo hallamos: por ejemplo, en Víctor Hugo (Cuasimodo, Gwymplain).

En la técnica, se puede advertir una oposición análoga. La luz es libre; es la luz de la naturaleza (*plein air*), no la del estudio, tomada indistintamente en todos sus grados de intensidad, desde el más fuerte sol del Mediodía, hasta la más densa oscuridad de la noche. El claro-oscuro se emancipa de la antigua suavidad; y emplea, lo mismo la nebulosa indecisión de un Millet, que el áspero partido de blanco y negro de Manet ó Raffaelli; ó la iluminación por simples reflejos, y aun la ausencia de casi todo claro-oscuro. El color es sobrio, rayano á veces en la monocromía; y á los tonos calientes, sucede toda la gamma de la serie ciánica, desde el timbre plomizo y terroso de Corot, hasta las carnes verdes y azules que ha llevado al delirio Besnard.

c) Este último nombre nos trae directamente al impresionismo, tercer momento de la evolución moderna.

Difícil es dar de él una idea concreta, á lo menos para el autor de este artículo. ¿Consiste en la preferencia exclusiva por los asuntos «modernistas» y actuales, que pudiera decirse? Puvís des Chavannes, que se inspira en los pre-rafaelistas ingleses, aunque tal vez es inferior á ellos en el vigor y no sé si en el dibujo, no sería entonces impresionista. ¿Es la plena luz del Mediodía, con toda su brillantez y esplendor? El empastado Millet debe ser excluído. ¿Es la policromía, exagerada hasta la embriaguez, de un Chéret ó un Besnard? El maravilloso retrato de la madre de Whistler parece un grabado; y este mismo Whistler ha pintado el cielo estrellado por la noche.

Acaso—en cierto respecto—podría aplicársele lo que un personaje extraño, el Sar Péladan, dice del simbolismo: que es un arte,

en el cual el espectador tiene que acabar la obra, cuyo boceto, tan sólo, el artista le presenta.

De todos modos, cabe decir que la técnica del impresionismo es quizá evolución lógica de algunos elementos que comenzaban ya á germinar en la pintura realista: v. g. la descomposición de un tono en sus colores elementales, yuxtapuestos, para que desde lejos se fundan, recomponiéndolo; ó la coloración reflejada sobre cada objeto por los demás y el medio ambiente; ó por último, el predominio de las tintas grises, amaratadas y frías. Quizá los dos únicos factores que en esta escuela parecen nuevos (hasta donde cabe usar esta palabra) sean los siguientes: 1.º, la tendencia á que resalte una nota dada de color, ya por medio de un contraste brillante, v. g. un traje rojo en un prado verde, ora, diluyendo y desmenuzando, hasta en sus últimos pormenores, ciertos tonos cuyo análisis produce, á primera vista y de cerca, un efecto chillón, abigarrado y anárquico; 2.º, una factura que, no sin razón, se ha comparado á las mallas de un tejido ó á los puntos de una media. La *tache* y el *pointillé*: tales parecen ser los más peculiares caracteres del impresionismo.

En realidad, ambos pueden reducirse á uno solo: un procedimiento analítico en el modo de tratar los pormenores, como nunca hasta ahora se llegó á usar. Nótese, á propósito de esto, que el impresionismo, en su técnica, si es ante todo una escuela, lo es por lo que respecta al color, casi exclusivamente. Hay en ella dibujantes de valer; pero, en general, no es el dibujo lo que le da importancia. A veces, es hasta abandonado, contribuyendo á la falta de solidez de que suele motejarse la construcción de sus obras (1).

(1) Es bien sabido que los pintores franceses son casi siempre excelentes dibujantes, por una aptitud ingénita, al parecer, de esta raza, que en la Edad Media tuvo antes que Italia una escultura de primer orden; en el Renacimiento sigue en importancia á la italiana, y en nuestros días es superior á todos los otros pueblos. Pero á veces, algunos de los impresionistas tienen descuidos que, por lo mismo, llaman la atención más. Quizá lo que dicen de una de las figuras de mujer de Puvís des Chavannes (en sus decoraciones del hotel de Ville de París) de que «parece un gorila», sea exagerado; pero sus grandes composiciones pre-rafaelistas de la nueva Sorbona son bastante inferiores en este respecto.

En cuanto á la parte interna, al asunto, la idea, la composición, el impresionismo parece mostrar también cierta tendencia propia. Aspira á representar, no meramente el lado visible y exterior de las cosas, á que por lo común el realismo se atiene y en que se satisface y descansa; sino un cierto sentido interno, un «alma», de donde les viene la significación y por la cual son consustanciales con el alma del espectador, que se halla reflejada asimismo en la naturaleza mediante el arte.

Con razón ha notado un crítico este parentesco entre el impresionismo y la literatura simbolista. Repárese, en efecto, que esa intención esotérica es común á ambas direcciones y conforme con el movimiento idealista (más que espiritualista), religioso y místico que en otros órdenes de la ciencia y el arte se viene en estos últimos tiempos acentuando: la factura de los llamados «decadentes» en poesía es también, dice, el *pointillé*: una sensibilidad excesiva, y no sé si diga enfermiza, que los lleva á unos y á otros á querer descomponer las sensaciones hasta lo infinito; una afectación, rebuscamiento y sutileza, que además aparecen en ciertos momentos de la historia: lo mismo en Góngora (el ídolo de los decadentes), Marini y las *preciosas* de Rambouillet, que en los gramáticos de Alejandría.

Si en cuanto á los precedentes inmediatos de este movimiento puede asignársele su lugar como un término más ó menos extremo dentro de la evolución general romántica, conviene tener en cuenta asimismo otros antecedentes, no tan próximos y que con frecuencia quedan olvidados. Se refieren sobre todo á algunos de los elementos de su técnica.

De la intensidad de luz, tal vez no se halle ejemplo tan característico ni tan antiguo como el de los paisajistas belgas de mediados del siglo actual. Poco después, llega nuestro Fortuny, cuya sagacidad y atrevimiento en la «mancha» y cuya brillantez luminosa han tenido un influjo en la técnica, que no cabe ciertamente relegar á término secundario; si bien él, á su vez, en la mayoría de sus más famosos asuntos, se inspira principalmente en Meissonnier. Verdad es que todo el movimiento de nuestra pintura contemporánea, y aun desde el siglo XVIII, sin exceptuar al mismo Goya, no obstante

su genial originalidad, viene quizá determinado por las evoluciones del arte francés.

Otro precedente lo constituyen sin duda los pre-rafaelistas ingleses. Desde Dante Rossetti hasta Burne Jones, Moore, Crane, Morris, etc., han ejercido poderosa acción en algunos modernistas franceses: v. g. en Puvis des Chavannes, antes citado y aun en Bastien Lepage; debiendo notar que esta acción se extiende más allá de la técnica y llega á los asuntos y al espíritu de la concepción. La tendencia á la monocromía y las tintas amoratadas vienen quizá del Norte (Dinamarca, Escandinavia), que ahora, á su vez, recoge el influjo de la pintura parisiense. El gris plomizo de Corot, de Courbet ó Raffaelli es quizá una nota de la pintura francesa (aunque nunca tan acentuada) como puede verse en los pintores del XVIII: por ejemplo, en Lesueur, Lebrun y el propio Poussin, que tienen ya esos colores mates, terrosos y sin transparencia. En este punto del gris y del violado, España presenta una excepción de importancia. Cuando toda Europa, hasta los sobrios holandeses (Rembrandt), experimentaban el influjo de la riqueza de color y de las tintas doradas de los venecianos, el Greco, primero, y Velázquez, después, dan un ejemplo en sentido contrario, sin igual, acaso, entre pintores de su alta significación. Por cierto que ¿quién sabe si el abigarramiento y acritud del Greco, durante su última época, harán de él, en su día, un precursor de Manet, Gervex y Besnard..?

II.

Imposible, de cierto, sería establecer como criterio absolutamente seguro para entender las ideas, no ya de un artista (que no siempre las trae á reflexión), más ni de un filósofo, atenerse á lo que él de ellas piensa; la teoría que *creo* profesar puede no ser la que en realidad y en el fondo—de bueno ó mal grado—profesa; ni con mucho. Pero, con esta reserva, conviene conocer lo que podría llamarse la *doctrina* del impresionismo, expresada por sus propios apóstoles, así como las principales críticas de sus adversarios. Un discreto escritor (1) ha celebrado algunas con-

(1) Gsell. *La tradition artistique française*, en la *Revue bleue*, de París.

ferencias con los más notables de unos y otros, y expuesto su resultado, á veces muy interesante. Lástima, que no haya recopilado igualmente las doctrinas estéticas de M. Henry, que, en la Escuela de Estudios Superiores (*Hautes Études*) de París, aplica la psicología fisiológica y la óptica de Chevreul al estudio de estos problemas, con auxilio de ciertos pintores.

Extractemos las opiniones de los más importantes.

Para Monet y Pissarro, el impresionismo francés (en el cual ocupan lugar tan preminente) descende del famoso paisajista inglés Turner, cuya tendencia sólo Whistler, á su entender, sigue hoy dignamente en Inglaterra. Algunos de nuestros lectores recordarán probablemente que en la penúltima Exposición de Bellas Artes, tuvieron en Madrid la fortuna de poder conocer el estilo de este gran artista en dos retratos importantes: el de Sarasate y el de su propia madre, obra verdaderamente admirable, que aquí pasó casi inadvertida á la gran mayoría de nuestros artistas y críticos, pero que poco después adquirió el Gobierno francés para el museo de autores vivos del Luxemburgo.

En cuanto á Turner, es sin duda, á pesar de sus extraños contrastes, el primer paisajista que los ingleses han tenido en la primera mitad de nuestro siglo.

Besnard, quizá el impresionista hoy más extremado, el autor de aquel célebre retrato de una dama amarilla y azul, se defiende, diciendo que las carnes sólo aparecen sonrosadas en muy pocas ocasiones (por ejemplo, en un jardín, tienen siempre reflejos verdes); y afirma que él y sus colegas son los primeros en haber visto y representado, en cuanto al color, esta relación de las figuras con el medio que las rodea. Añade que los cuadros venecianos no son sino ramilletes de colores; que los frescos de Goya, en San Antonio de la Florida, le dieron un desengaño, son plomizos (!) y no tienen ambiente; que hoy todavía se pinta, copiando un modelo alquilado, y no la vida real, y así todo resulta falso; por último, que no hay que buscar para asunto de un cuadro anécdotas llamativas, porque todo es igualmente interesante.

Chéret, el autor de los famosos anuncios

ó carteles, tal vez hoy los primeros de Europa, la toma por otro estilo: idólatra de Watteau y del siglo XVIII francés—porque el XVIII en Alemania es pesado, y retorcido y barroco en Italia—cree ver en su nota plácida y risueña la característica de la pintura del porvenir.

Pero, casi desde dentro de esta misma tendencia, nada menos que entre los que pueden llamarse sus progenitores, han surgido y surgen cada día protestas contra el impresionismo. Verdad es que estas guerras civiles entre padres é hijos son en el arte tan frecuentes, como en la literatura, donde hoy mismo decadentes y simbolistas luchan y se desautorizan mutuamente: v. g. Verlaine y Moréas.

Los primeros pintores del *plein air*, los que señalan la transición del realismo al impresionismo, el grupo, en suma del malogrado Bastien Lepage, se revuelven contra los que en gran parte debieran considerar como sus descendientes legítimos.

Duez y Gervex rechazan la nueva escuela. Censuran su falta de mesura y buen gusto: «Un puñetazo en un ojo—dice el segundo—representa para ella el sol de mediodía.» Comparan los reflejos multicolores de las figuras de Besnard con esas bolas de vidrio azogado que (en mal hora) suelen poner en los jardines; y lamentan la abigarrada mescolanza del amarillo y el azul, el rojo y el verde. Cierto, que ya uno de los más acentuados impresionistas, el propio Monet, se burla de las imitaciones que de ellos hacen algunos sectarios modernistas ingleses, prodigando á diestro y siniestro el azul y el violeta; pero, al atacar al impresionismo, ¿olvida Gervex el color extraño de su *Rolla*, de aquel famoso cuadro que tanto escandalizó, así por la factura como por el asunto, algo escabroso (como ahora se dice)? Si los naturalistas ridiculizan el *Cristo y la Magdalena*, de Blanche, «tomando té en un servicio japonés», ¿no recuerdan ya que este modo realista y burgués de tratar los grandes asuntos históricos y religiosos tiene sus precedentes en ellos mismos, y que la admirable *Juana de Arco*, de Bastien Lepage, á pesar de los accidentes místicos del fondo, está concebida y ejecutada completamente fuera de los moldes convencionales y en el tipo de una aldeana contemporánea? En lo que

quizá aciertan, es en poner frente á frente el descuido de los impresionistas con los severos y concienzudos estudios con que todo aquel grupo de precursores se preparó á realizar las dos grandes novedades que aspiran á representar en la historia: 1.ª, los asuntos y trajes modernos (clínicas, redacciones de periódicos, escenas de trabajadores, etc.); 2.ª, la luz intensa y plena del aire libre.

No basta esta oposición interna, que podría decirse, entre los dos momentos de una tendencia común, para que los padres encuentren mejor acogida que los hijos ante la escuela tradicional de los Bouguereau, Benjamín Constant, Léfèbvre, etc.; aunque Bonnat, superior, á todos estos, parece más benévolo con los modernistas. A la principal censura acaso que se les dirige—la de la incorrección del dibujo—responden ellos, por su parte, que las obras de sus contradictores no son más que un juego de puras líneas vacías. El antiguo idealismo convencional, por más que parezca imposible, todavía pone en labios de esos maestros clásicos doctrinas tan curiosas, como la apología de esas medias tintas que da «la luz discreta del estudio»; de la «corrección de la naturaleza por el arte», etc., etc.; ni más ni menos que en los tiempos de un Mengs ó de un Canova; y no ya las generaciones venideras, sino la presente, oirá con extrañeza que un artista distinguido, como Françaís, preconiza un sistema, que consiste en pintar de memoria, en su estudio, paisajes «reconstruidos» sobre croquis tomados del natural más de cuarenta años antes.

En la incertidumbre y oscilación vertiginosa de las corrientes actuales en el arte, y en la vida entera, no es fácil predecir cuánto durará el reinado del impresionismo. Que, como todos los momentos, de la evolución artística, sean grandiosos ó insignificantes, sanos ó enfermos, espontáneos ó prendados de ingenio, alambicamiento y artificio, pasará también, cosa es llana; pero ¿qué rastro dejará y qué valor tendrá para la historia? Lo único que sí cabe asegurar es que todavía no ha concluido su ciclo. Nuestros pintores catalanes lo acreditan.

NUESTROS RÍOS

por el Prof. D. Rafael Torres Campos,

de la Escuela Normal Central de Maestras (1).

F.—EL GUADALQUIVIR Y EL GENIL. EL GUADALETE.

Dos corrientes principales existen entre las cordilleras marriánica y penibética: el Guadalquivir y el Genil. Naciendo éste á considerable altura en la laguna de Baccres, situada en la región de las nieves, y recibiendo por el Monachil las aguas de Veleta, mientras que aquel tiene su origen en modestas montañas menos abundantes en agua que la Sierra Nevada (Sierras de Cazorla y de Segura), y de análogo caudal las dos corrientes en su confluencia, no es extraño que los autores árabes, alguna que otra vez, los confundieran, dando á uno y otro el nombre de Río Grande (Güed-el-Kebir (2), y llamando al Genil río de Sevilla (3).

Sabido es que el antiguo Tarteso de Herodoto y Pausanias, Betis de los historiadores y poetas latinos, corre al pie de la meseta española; su característica más saliente es la de río de llanura. El Duero, el Tajo y el Guadiana tienen que descender por escalones y rápidos desde los altos valles castellanos; el Guadalquivir no corre á más de 300 m., que tiene en la confluencia del Guadiana menor, y encuentra, sobre todo desde Córdoba, su camino abierto. Comparada esta cuenca con aquellas, que conservan los aterramientos de los antiguos mares, parece modelada por la acción lenta de las aguas. La pendiente de la vanguardia es escasa, y así la sección longitudinal del valle ofrece una suave curva parabólica. Por el valle del Guadalquivir y la parte portuguesa del Tajo, como nota Reclus, la tierra ibérica, por excelencia continental, áspera y fragosa, constituida por mesetas que avanzan con declives bruscos hasta cerca de la costa y cerrada por mon-

(1) Véase el núm. 419 del BOLETÍN.

(2) *Geografía de España* del Edrisi, publicada por Saavedra.

(3) Ebn Abdirrahíh y Ebn Aljatib. *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrisi. Texte arabe publié pour la première fois d'après les ms. de Paris et d'Oxford avec une traduction, des notes et un glossaire*, par R. Dozy et M. J. de Goeje. Leyde, 1866.

tañas que impiden el acceso, ofrece, con privilegiadas y abiertas llanuras, medios de llevar el movimiento y la vida de la zona marítima tierra adentro. Por eso la colonización fenicia se extiende en el valle del Guadalquivir, y éste ha desempeñado, desde el punto de vista de la comunicación y de las relaciones exteriores, sobre todo á partir de los tiempos en que el movimiento del antiguo mar se trasladó al Atlántico, papel importante en la historia de España.

Por todas partes, en el alto valle del Guadalquivir, se notan grandes efectos de erosión; las montañas están divididas en fragmentos y rotas por numerosas quebraduras.

El cauce en su curso inferior es amplio; las aguas se detienen y se extienden, hasta dividirse en tres brazos, que forman la isla «Mayor», ó «Hernando», y la isla «Menor», ó «Amelia», en la marisma, permiten la navegación en 100 km., gracias á las obras del canal Fernandino, y dan lugar á la formación de un estuario marino.

El caudal de este río no baja de 25 m.³ por segundo en el estiaje, antes de la confluencia del Genil, y de 35 á 40 después de cruzada ésta, en la marisma.

El Guadalquivir fué navegable en los 199 km. que hay de Córdoba á Sevilla, merced á grandes malecones construídos por los romanos y sostenidos por los árabes—á quienes se atribuyen muchas de las obras hidráulicas hechas por aquellos—hasta el reinado de D. Pedro; pero, desde entonces, el establecimiento de artefactos (1), el no limpiar el lecho del río del acarreo frecuente producido por los aluviones, y la falta de reparación de los desperfectos por ellos causados en las obras de las orillas, han hecho inaprovechable la antigua vía fluvial, reducida hoy á la sección entre el Puente de Triana y Sanlúcar.

Si hay en sus orillas deliciosos jardines, como los de Sevilla y Palma del Río, ofrécense de vez en cuando, á corta distancia del río, señales manifiestas de desolación y de incuria. La marisma es un desierto (2),

pero con agua, que queda encharcada por la elevación de las orillas del río. Territorios de la misma clase, sólo que no están calentados por el sol meridional y, por tanto, naturalmente más pobres, pueden sostener una población muy densa en la parte occidental de Europa. Abandonados aquellos, después de algunos ensayos para cultivarlos; cubiertos unas veces de lodo pegajoso por la acción de las lluvias y los desbordamientos; otras, de polvo salado y parduzco, y siempre infecundos, permanecen como si no conociéramos el sistema de saneamiento de los terrenos y las ventajas de los artificios del drenaje.

La considerable producción á orillas del Guadalquivir en olivares, viñedos, tierras de pan llevar, huertas, naranjales y dehesas de pasto, ha atraído la población, formando muchos centros importantes, como Andújar, Montoro, Córdoba, Posadas, Palma del Río, Lora del Río, Sevilla y Sanlúcar.

Emplazada Córdoba ventajosamente sobre el río, en medio del valle, con una rica y dilatada campiña y en el punto en que convergen caminos naturales abiertos por los ríos Guadiato y Guadajoz, cuya obra niveladora aprovechan hoy los ferrocarriles, figura en los tiempos ibéricos, alcanza importancia bajo la dominación romana, rivalizando con Emérita é Hispalis, y fué el centro del poder, de la cultura y de la riqueza en la España musulmana. Para expresar su grandeza, le atribuyó la leyenda 200.000 casas, 80.000 palacios, 900 baños y 12.000 pueblos como arrabales.

Primero, Granada, último y brillante foco de la civilización islamita; Sevilla, Cádiz y Málaga, después, merced á las ventajas del comercio marítimo, la eclipsaron, hasta convertirla en lo que es hoy: una ciudad de segundo orden, que conserva, como pocas, riquezas arqueológicas y recuerdos históricos. El pasado, gloriosísimo, forma allí contraste con el presente, muy modesto.

Sevilla tiene una de esas posiciones privilegiadas que hacen de los pueblos emporios del comercio. Está sobre un río navegable y caudaloso, á la salida de un valle fertilísimo y el más abierto de España, en el encuentro de dos mares y á la puerta de un mundo nuevo por explotar, y con cuyas razas se hallan unidos los habitantes del

(1) V. el Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, por D. Eduardo Saavedra, pág. 16.

(2) A lo largo de la orilla izquierda del Guadalquivir, de Utrera á Sanlúcar, forma la marisma un cenagal de 42 km. de largo, con anchura máxima de 12, despoblado.

valle del Guadalquivir por los más estrechos vínculos que sirven para aproximar á los pueblos. A la ventaja de los puertos antiguos, para los cuales se buscaba el medio de acortar los radios que iban del interior hacia la costa, une la de los puertos nuevos, que, por virtud de la revolución contemporánea en punto á medios de transporte, buscan las extremidades de las penínsulas y de los continentes. Los vapores, que pueden llegar hasta el puente de Triana, atracan á muelles donde las operaciones de carga y descarga son sencillísimas. En todas direcciones parten ferrocarriles, que pueden recoger el tráfico de la cuenca del Guadalquivir y de la región extremeña; los rails llegan al costado de los buques. ¿Cómo explicar que aquel río esté poco animado, y la población, cuya vida es el movimiento de su río, resulte en decadencia? ¿Cómo la exportación, aun consistiendo en los artículos de más porvenir para España, arroja en las estadísticas una cifra baja?

No se hable de desdichas y de decadencias inevitables, mientras trastornos geológicos y astronómicos no cambien las condiciones de aquel suelo, apaguen su sol y sequen su río incomparable: en tanto que haya habitantes en el Centro y Norte de Europa que codicien los frutos y vinos del Mediodía, fábricas ganosas de nuestros minerales, y mientras el comercio de África dé pingües resultados y ofrezca alicientes para que ingleses, franceses, italianos, alemanes y aun portugueses, se disputen, en nuestra ausencia, la explotación de las riquezas del Mogreb y del Golfo de Guinea, Sevilla, renovando las tradiciones de otros tiempos, debiera ser un gran mercado africano, y esto bastaría para colocarla á gran altura. Los depósitos del comercio de América en la Europa Occidental tienen situación hartamente excepcional que la de Sevilla.

En las desdichas de la ciudad del Betis, hay algo que depende de la manera de ser de los habitantes, de la falta de actividades y energías de una raza, superior, sin duda, pero que atraviesa un período de innegable decadencia. Hoy el comercio es la lucha, pide esfuerzos considerables y grandes iniciativas; y los andaluces, por causas muy complejas, están incapacitados para hacer aquellas y desenvolver estas. Quizá lo más

saliente de todas ellas depende de los tradicionales privilegios.

Por concesión que tuvo Sevilla, desde que se fundaron la Casa y Tribunal de Contratación en 1493, á ella venían las mercancías todas de América, y allí se cargaban también las naves para la India. Todas las ventajas de aquel lucrativo comercio eran para la favorecida plaza, que así prosperaba rápidamente. Burgos, Medina del Campo, Segovia, Toledo, Córdoba, Écija y otras plazas del reino eran sus tributarias. Mantenía relaciones con Flandes, Francia, Inglaterra, Italia y Portugal. El resto de las mercancías de esta procedencia, abastecida España, se cargaban para las Indias. Cuando en 1529 se permitió que saliesen naves de otros puertos, Coruña, Bayona de Galicia, Avilés, Laredo, Bilbao, San Sebastián, Málaga y Cartagena, era con la condición de que los retornos viniesen precisamente á la Casa de Contratación de Sevilla, «sopena de la vida y perdimiento de bienes.» Bajo estas condiciones, tal franquicia fué del todo ilusoria. No necesitaba Sevilla hacer nada por su prosperidad, que aseguraban medidas tan rigurosas. Pudo crecer merced á ellas, hasta que la reemplazó Cádiz en 1717; pero tal situación excepcional consumió su vitalidad tal vez, la incapacitó para un régimen normal y de competencia. El exceso de favores, el otorgamiento de beneficios sin tasa ni medida, han traído, con la atrofia de actividades que no necesitaron ejercitarse en los buenos tiempos de Sevilla, el estado de aletargamiento y de decadencia presentes. Ha sido próspera, mientras, artificialmente, se le proporcionaba la riqueza; para conquistarla, no ha servido. ¡Y todavía, para curar las consecuencias de excesos de protección, hay quien piensa en medidas arancelarias: como si, volviendo á los errores tradicionales que la han incapacitado para las competencias y las luchas del comercio moderno, pudiera mejorarse la situación de la decaída plaza!

A la orilla izquierda del estuario, se halla Sanlúcar, rodeado de jardines, que se formaron por la iluminación de aguas entre arenas (1). A la orilla derecha hay una lí-

(1) Desde la desembocadura del Guadalquivir hasta Rota (tocando en Bonanza, Sanlúcar y Chipiona), hay á

nea de dunas, en constante movilidad en la playa, y consolidadas, por efecto de la vegetación forestal que las sujeta, hacia adentro (1).

De estas riberas partieron las tres naves de Hernando de Magallanes, y á ellas arribó Juan Sebastián Elcano, después de haber dado por primera vez la vuelta al mundo.

Por la orilla derecha, el más importante de los afluentes del Guadalquivir es el Guadalímar, que nace al pie del Pico de Almenara, junto al Mundo, recibe al Guadarrama, formado en la Sierra de Alcaraz, separa la bien poblada loma de Úbeda—donde están Villacarrillo, Úbeda y Baeza—de la de Chiclana, y se incorpora cerca de la última población al Guadalquivir. Algunos de los tributarios de éste por la orilla derecha—singularmente, el Guadalén, afluente del Guadalímar, y el Jándula, que recoge aguas del valle de Alcudia—tienen un carácter común. Como el escalón de la meseta central no es divisoria de aguas, los ríos formados en la Mancha se abren camino por la Sierra Morena. Una

lo largo de la costa una zona de terreno de 2 1/2 á 3 km. de anchura, constituido por arenas voladoras que formaban variables é invasores méganos.

«En el año 1742, dice Carón y Martínez (en la *Revista forestal, económica y agrícola*, t. II), la miseria producida por la falta de lluvias y la escasez de trabajo sugirió á varios braceros del campo la idea de poner en cultivo las dunas de la costa, con objeto de obtener algunos frutos con que sustentar á sus necesitadas familias. Abrieron á este fin algunos hoyos en medio de los cerros de arena, profundizaron la excavación de la superficie elegida, hasta 1/2 m. sobre el nivel del agua subterránea, y formaron alrededor de la misma, con la tierra extraída, unos vallados muy altos. Cultivaron el terreno así dispuesto y, con gran asombro de todos, se obtuvieron resultados altamente satisfactorios, fundamento del cultivo por medio de navazos, que desde entonces adquirió gran desarrollo.»

Se abren zanjas, para que por ellas puedan correr las aguas que allí mismo se originan, como las que proceden de lluvias. A fin de asegurar las arenas sueltas del vallado, para que no se derrumben sobre la posesión ó huerta, y levanten de nuevo el nivel del suelo, plantan en toda la parte exterior de aquél, hasta su cima, vides y frutales, y ponen por la parte inferior cañas y pitas, dispuestas ordenadamente en filas paralelas. De este modo se consigue la fijación de las arenas invasoras y se obtiene una gran cantidad de variados y excelentes frutos.

(1) Arenas gordas, extenso arenal de sílex blanco y puro, cuyas partículas, impelidas por el viento, cambian de continuo el relieve de la playa y forman dunas hasta de 30 m., mientras que tierra adentro han sido reducidas á la inmovilidad por efecto de la vegetación.

de estas brechas es el desfiladero de Despeñaperros, la entrada de Castilla, cerca de la cual, desde los tiempos de D. Alfonso VIII hasta la guerra de la Independencia y la época de la Revolución española, se han reñido tantas batallas. Otro, menos frecuentado, fué el camino por donde guió el famoso pastor de la leyenda á las huestes cristianas, antes de la victoria de las Navas.

El Guadiana Menor, con las aguas de una cuenca extensa y montañosa, con vertientes de numerosas sierras del grupo Ibérico y de la Bética, que engendran diferentes ríos, especialmente el de Baza y el de Guadix, reunidos para formarlos, hace al Guadalquivir, al principio, de caudal escaso, corriente importante, que después acrecienta considerablemente el Guadalímar, ya citado.

Entre los afluentes por la orilla izquierda, sobresale el Nilo español ó Mil Nilos («Xenil», como decían los autores árabes), al cual se junta el famoso Darro, en las afueras de Granada. Los dos forman esa vega cuyo paisaje se ha comparado tantas y tantas veces con el de Damasco, «el cuento de los viajeros y la conversación de las veladas»... «que Dios tendió como un tapiz sobre un llano que surcan los arroyos y los ríos»... «donde no hay espacio alguno desolado ni yermo, hasta el mismo límite donde las abejas tienen sus colmenas». Y dicho se está que trascibimos frases de autor árabe. Continúa el historiador Ibn Aljathib, de quien son estos encomios: «Hay allí tal abundancia de aguas, que, desbordándose á torrentes de los estanques y albercas, forman en las pendientes arroyos y cercados, cuyo sonoro murmullo se siente á larga distancia. Rodean el muro de aquella población dilatados jardines, propios del Sultán, y arboledas frondosísimas, brillando como astros, á través de su verde espesura, las blancas almenas. No hay, en fin, en torno de aquel recinto, espacio alguno que no esté poblado de jardines, de cármenes y de huertos.»

Una de las excelencias de Granada es que, «por sus copiosas y deleitables aguas, su tierra admite una siembra en pos de otra, y da unos pastos tras otros, durante el año.»

Tales ventajas, poéticamente descritas en la literatura oriental, se deben á la alimentación del Genil por la Sierra Nevada. En los ríos que se forman en las altas cimas nevadas, las aguas no sufren disminución considerable, como sucede á los originados en montañas secundarias. Cuando sobrevienen los calores, la savia sube y las plantas necesitan más cantidad de jugo, á fin de que, reemplazada la humedad que por evaporación se pierde, no haya paréntesis en el movimiento circulatorio y, con esto, paralización en el crecimiento.

Pues bien; el Genil es uno de los pocos ríos de España que tienen fuentes de alimentación permanentes; y así, llegado el mes de Mayo, cuando por la disminución de las lluvias comienzan á decrecer las aguas en los otros, se inicia el deshielo en las

Sierras que cubre el sempiterno hielo,
donde Darro y Genil beben su vida,

y se aumenta, en vez de decrecer, el caudal del río, hasta fines de Julio (1). El período de estiaje corresponde al mes de Diciembre.

También sabían esto perfectamente los árabes y lo expresaban en su peculiar estilo. «Por su situación junto al monte de la nieve, Solair, celebrado entre los montes más famosos—dice Ibn Aljathib en el libro *El esplendor de la luna nueva*, refiriéndose á la vega,—son copiosas y deleitables sus aguas, y puro su ambiente, y numerosas sus huertas y sus jardines, y espesas sus arboledas, y abundantes las hierbas más excelentes y las plantas aromáticas medicinales.»

Hé aquí una descripción del Genil, del mismo autor (2), con todo el sabor de las literaturas orientales: «Las aguas del río, semejantes á un brillante dragón, que al morder las colinas de su ribera dejaba salpicadas sus frentes; que engendraba á su paso, por derecha y por izquierda, las serpientes de numerosos arroyos, y que ceñía el cuello de la ciudad con un collar de pintadas guijas, semejantes á preciosas perlas, dejando á la tierra cubierta con un verdor que daba envidia al verjel del cielo, á las

flores desnudando sus dientes con suave sonrisa, y mostrando, en fin, la vida del mundo con todas sus seducciones.» Añade, á esta pomposa descripción del río, los versos siguientes:

«Un río que se derrama desde los collados sobre la Alhambra, con un ímpetu semejante al de los peregrinos que bajan del monte Arafat» (1).

«Después, al reposar en la llanura, surcándola, hiende la anchurosa túnica.»

«Cuando corre con velocidad, semeja una espada aguda y bruñida; y cuando detiene sus giros, una ancha armadura.»

...[Cuán otro porvenir aguarda al Genil, allá por las llanuras de las provincias de Córdoba y Sevilla! No hay *besos á las colinas, ni serpientes de agua, ni preciosas perlas*, sino monótonas y desiertas llanuras, una tierra blanca, caldeada por un sol abrasador, y algunos palmitos. De vez en cuando, *el río reposa en la llanura, hiende la anchurosa túnica*, como diría el autor árabe; y entonces se encuentran oasis incomparables, manchones de vegetación excepcional, de naranjos, olivos, vides, cereales y árboles de fruta, que ocultan blancas, bien pintadas y encantadoras casas, dominadas por torres que parecen hechas para el muezín, y tal vez por los elegantes penachos de palmeras plantadas por los árabes, como la de Abd-el-Rahman, en memoria de la patria de origen.

Con curso tortuoso atraviesa el Guadalete, entre las sierras de la provincia de Cádiz. Las angosturas de Bornos representan el dique de un antiguo lago en la parte superior de la cuenca. Arcos de la Frontera está en una eminencia que se desmorona sobre el río. El Salado, de Paterna, le da aguas amargas. Jerez queda á 3 km. En el Portal se hace navegable, formando una ensenada donde se embarcan los vinos y los granos de Jerez. Hay después 9 ó 10 kilómetros de marisma, que van rellenando los acarreos, hasta la desembocadura, en el Puerto de Santa María, cuyo abandono presente no da idea del puerto de que partió en 1580 la escuadra destinada á la conquista de Portugal.

(1) Llauradó: *Aguas y riegos*.

(2) En el libro *Miyar Aljithar*, texto publicado por Simonet en 1860.

(1) Está cerca de la Meca y es muy frecuentado por los peregrinos.

El Barbate, cuyo alto valle es escabroso y pintoresco, atraviesa la llanura extensa y fértil dominada por el cerro que sostiene la ciudad de Medinasidonia y, dividido en varios brazos, que se esparcen y detienen para formar lagunas, da aguas á la de la Janda. Desviado por el promontorio de Meca, que termina en Trafalgar y á cuya falda se encuentra Veger, desemboca al E. del Cabo.

En la orilla del lago, y en el llano del Barbate, junto á Medinasidonia, y no á orillas del Guadalete, cerca de Jerez, como creyó el arzobispo D. Rodrigo, por confusión originada en llamar al Barbate río de Beca—Guadabeca y también Guadaleca), tuvo lugar el gran desastre que determinó la ruina de la España visigoda (1).

Al S. del Barbate, desembocan en el Océano varios arroyos, entre ellos el Salado, próximo á Tarifa, en cuyas orillas tuvo lugar la batalla de aquel nombre.

(Continuará.)

NOTAS ACERCA DE LA LITERATURA EN 1894 (1),

por D. Juan Uña Sarthou, C. A.,

Abogado.

III.—LITERATURAS DEL NORTE.

La literatura del Norte es característica y particularísima; ha nacido allí, por lo menos en su actual sentido, y se ha extendido en toda su pureza hasta Bélgica, como lo demuestra la última obra de Maeterlink que acaba de representarse en París, *Intérieur*, que entra completamente en el género de Ibsen.

En Rusia, se ha acentuado en el año 1894 el sentido Tolstoyano: la preocupación de las miserias del pueblo, especialmente del pueblo campesino, y la creación de una moral neo-cristiana constituyen el ideal de los escritores rusos. A este sentido obedecen las dos obras que estima como más importantes del año la crítica francesa: la novela de W. Korolenko, titulada *Wgolodnygod* y dedicada á pintar las miserias del

pueblo en un año de hambre, y la vida de los campesinos; novela de tendencias sociales y completamente en el sentido de Tolstoy, aunque sin llegar á la altura de éste, pues sacrifica su autor el valor literario y artístico de la obra á su afán tendencioso y de predicación moral. La otra es de Semenov, autor muy alabado por Tolstoy, tal vez más por la sinceridad de su estilo y de sus convicciones que por otra cosa, pues en su novela *Krestjanskje raszkazy*, que también es una pintura de la vida de los campesinos, incurre, á pesar de su dramatismo, en los defectos del anterior.

Uno de los críticos más afamados de aquel país ha publicado, en este año, la colección de sus obras de crítica, en las cuales son de lo mejor los estudios de Dostoyevsky y Tourgenef.

Lo más importante de todo es la obra de Tolstoy: *El espíritu cristiano y el patriotismo*, traducida este año al francés, en la que, tendiendo siempre á una superior finalidad, el autor se hace apóstol del cristianismo que estima verdadero, del cual hace una calurosa defensa, y ataca las falsedades de la civilización. Revolviéndose contra el patriotismo nacional, lo considera como un vicio inhumano y una imperfección, que da lugar á la separación y al aislamiento de los hombres y que, dada la tendencia de fraternidad humana de nuestros días, espera y cree que no podrá subsistir.

La literatura del Norte, en general, da mucha más importancia que otra alguna á los problemas sociales y psicológicos, y deja al amor un lugar algo secundario: este fenómeno se manifiesta en la literatura *polaca*, aumentada estos últimos años con gran número de novelas dedicadas á plantear y procurar solución á cuestiones sociales, á la descripción y estudio de las clases obreras, de los espíritus descreídos, de la emancipación de la mujer, de la decadencia moral de las nuevas generaciones, etc. Este sentido es el que informa la novela más notable, ó á lo menos la más conocida del resto de Europa, que ha visto la luz en Polonia en el año pasado. Su autor es Ignacio Dabrowski; la obra se titula: *La muerte*, y consiste en el estudio psicológico de la agonía de un estudiante de medicina que, víctima de una violenta

(1) V. *La batalla de Veger ó del lago de la Janda*, comúnmente llamada de Guadalete, por D. José y D. Manuel Oliver y Hurtado. Granada, 1869; y el *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*, por D. Eduardo Saavedra. Madrid, 1872.

(1) Véase el núm. 418 del BOLÉTIM.

tisis, observa con perfecta lucidez cómo pierde la vida, y reflexiona sobre la muerte que ve acercarse. Estas reflexiones y estas observaciones del moribundo constituyen todo el contenido de la obra, que no tiene más acción ni más trama.

En *Dinamarca*, se ha publicado una novela de Bergsøe, el antiguo poeta popular, titulada *Hombres de verdad*, que parece no ha tenido gran éxito, y *Los estudios de Wilhelm Vangs*, novela de Schandorf.

La obra de mayor resonancia que han producido este año las literaturas del Norte ha sido el drama de Ibsen, titulado *El pequeño Eyolf*, que se ha publicado simultáneamente en inglés, alemán y francés, provocando críticas muy distintas, y aun contradictorias, en todos los países. Para algunos, es objeto de grandes alabanzas; para otros, de acerbas censuras, figurando entre los últimos el crítico sueco Ola Hansson, quien llega á llamarlo sarcásticamente *El demasiado pequeño Eyolf*. La obra, que tiene tres actos, es del género ya conocido de su autor; más exagerada si cabe, en el simbolismo. La acción es nula, pues el hecho de la muerte del pequeño Eyolf no ocurre en la escena, ni tiene lugar para buscar efectos dramáticos, sino simplemente para completar la significación del personaje, que es un símbolo, personificación carnal de los remordimientos de sus padres, que, entregados á su amor, lo abandonaron unos instantes, y en ellos el niño cae de una mesa causándose una lesión incurable, con la que aparece ya en el drama; al levantarse el telón. Su muerte es semifantástica y debida á la intervención de un personaje muy raro, una vieja, que, en la traducción inglesa, es llamada *rat wife* (mujer rata) y que tiene las apariencias de una bruja, atrae al niño y lo hace caer al mar, donde se ahoga. Todo el drama es una serie de diálogos, principalmente entre los padres de Eyolf, en los que discuten y se recriminan mutuamente el abandono de su hijo, abandono simbolizado en el hecho de la caída. En estos diálogos, se plantean, no uno, sino varios problemas del matrimonio y la familia, tales como la despreocupación de los padres por los hijos, la sensualidad que vicia las relaciones conyugales, los celos de aquella mujer que es más esposa que madre, y otros tan

interesantes. En realidad, como obra dramática para ser representada, tiene graves defectos, no siendo el menor la pesadez de los diálogos y la falta de acción y de situaciones, falta buscada expreso indudablemente por el autor, como se colige del hecho de que los padres reciben la noticia de la muerte del niño cuando el telón cae, y aparecen en el acto siguiente llenos de aflicción, pero sin dar lugar á explosiones de dolor, que el autor ha querido evitar, sin duda por su afán de buscar la emoción artística en lo sencillo y común. Resulta, pues, el drama una serie de diálogos filosóficos acerca de distintos problemas; y, aunque es cierto que estos problemas nacen del carácter de los personajes, como no hacen más que discurrir sobre ellos, más parece un diálogo filosófico que un drama. Termina, proponiéndose la mujer, como solución tranquilizadora para su conciencia, adoptar y proteger á los niños de los pobres pescadores del pueblo, solución que pone el autor á modo de moraleja. Sea el drama lo que quiera, bueno ó malo, es indudable que tiene mucha poesía y ciertas notas melancólicas muy delicadas.

Otro drama en tres actos titulado *Esposas alegres*, de Lie, trata otro aspecto del problema del matrimonio: una mujer idealista y sentimental, casada con un hombre vulgar y prosaico, de cuya divergencia de caracteres resulta una situación insostenible, de gran fuerza dramática.

En otros géneros literarios, ha sido lo más notable las *Poesías* de Elena Nyblom, obra que pinta las impresiones poéticas de la vida ordinaria; y en la crítica, el libro del noruego Ola Hansson, *Tolke og Seere*, colección de retratos literarios, entre los cuales figura el de Bourget, á quien califica de degenerado.

IV.—OTROS PUEBLOS.

En *Alemania*, las principales producciones han sido: la novela de Jorge Ebers *En el fuego del herrero*, cuya acción pasa en tiempos del emperador Rodolfo de Habsburgo, á fines del siglo XIII, y en la cual se sacrifica algunas veces la acción á la parte histórica, que es la que cultiva con más interés siempre el autor.

La serie de la *Buchholzliteratur*, que tanta



fama ha alcanzado en Alemania, y de uno de cuyos tomos, *La familia Buchholz*, se han hecho 74 ediciones, se ha aumentado con uno nuevo, *Las memorias de Guillermina Buchholz*, en la que su autor, el popular Julio Stinde, trata de la vida moderna y del socialismo en tono humorístico.

La poesía alemana ha producido la *Misa de difuntos*, en la que su autor, el decadentista Przybyszewski, analiza las dudas del hombre.

En *Austria*, se han publicado: un libro de crítica de Herman Bahr—uno de los jefes de la *joven Austria*—cuyo principal interés está en el estudio analítico del nuevo movimiento literario de su país, especialmente de lo que llama los *jóvenes vieneses*, cuya característica es el pesimismo y el diletantismo, que reprueba el autor, así como el prurito de imitar á los franceses; y en el *Almanaque de las Musas*, de 1894, un acto dramático, titulado *El loco y la muerte*, debido al joven literato Hugo von Hofmannsthal, conocido por el pseudónimo de Loris, y en el que se revelan los tonos de desencanto y pesimismo de su autor, bajo una forma muy pura y muy clásica, al decir de los críticos de su país.

En *Italia*, han publicado novelas este año los dos novelistas en la actualidad más en boga: Serão y d'Annunzio: el primero, la titulada *Le Amanti*, que ha merecido acerbadas censuras de los críticos, especialmente de los ingleses, que la tachan de grosera y trivial, y lamentan que el autor haya desviado su poderoso talento del camino de la moral sana.

La de D'Annunzio, *Trionfo della morte*, es una novela «psicológica», en que se estudia la lucha de un hombre contra su tendencia suicida congénita. El protagonista es un diletante, que persigue la idea del *ascetismo sin Dios*, y que quiere hacerse creyente con el espectáculo de la fe. Los críticos italianos é ingleses coinciden en que lo verdaderamente notable de esta obra consiste en el lenguaje y en las descripciones, que estiman primorosas, y, en general, en que la forma supera al fondo; pero en las censuras discrepan, pues los ingleses la califican con tanta dureza, que han dicho de ella que es emanación perversa de la imaginación del autor, tachándola de sensual y viciosa.

Aparte de las reseñadas, merecen citarse,

aunque sus autores son menos conocidos, las novelas *La Baraonda*, por G. Rovetta, notable estudio y dura crítica de la actual sociedad italiana; *L'Anima*, por A. Butti, que trata de la falta de fe en el hombre; *Un matrimonio eccentrico*, por Gualdo; *Lo Stagno*, de Giorgieri-Contri, y *Alla prova*, por Chiara; estas tres últimas, con evidente influjo francés.

En poesía, lo más notable del año es la obra de Mario Rapizardi *Atlantide*, poema fantástico, en que canta el autor las bellezas de una isla adonde llega el héroe, Esperio, y la utopía de una organización social y moral, sátira de la sociedad presente.

Uno de los representantes del renacimiento de la poesía en Italia, Augusto Ferrero, ha publicado también unas poesías líricas, muy melancólicas, bajo el título de *Nostalgie d'amore*.

La Divina Comedia ha dado lugar á una multitud de trabajos en el año, de crítica, psicología, historia, etc., entre los cuales figura como muy notable el del Dr. Leynardi, acerca de *La psicología del arte en la Divina Comedia*.

En general, la producción literaria de Italia ha sido muy numerosa en este año, aunque de escaso mérito, predominando la imitación francesa en la novela y el lirismo en la poesía, que se produce en este país en mayor abundancia que en ningún otro, á excepción de Inglaterra.

Terminaremos estas ligerísimas notas, señalando la publicación, en los *Estados Unidos*, de tres obras poéticas: unos poemas de Riley, de gran sentimiento poético; una elegía á la muerte del poeta Parsons, por Flovey, de poco mérito, y los poemas de la señora Mac Even Kimball, poetisa religiosa, de los cuales dicen los críticos ingleses que tienen doble mérito porque son una excepción, por su espiritualidad, su sentimiento y su valor literario, en este género, hoy tan decaído.

INSTITUCIÓN.

NOTICIA.

Un señor accionista, siguiendo su costumbre de años anteriores, ha entregado en la *Institución* 150 pesetas, con destino á las atenciones de la Junta Facultativa.

SUSCRICIÓN SAMA (1).

	Pesetas.
<i>Suma anterior</i>	4.134,00
Altamira (D. Rafael).....	15
Arcimis (D. Augusto).....	50
Cifre (D. Guillermo).....	25
García Arenal (D. Fernando)..	100
García Arenal (Doña Ernestina Winter de).....	100
Machado (D. Bernardino).....	100
Macpherson (D. José).....	100
Mateo (D. Lino).....	50
Otero (D. José).....	15
<i>Corporación de Antiguos Alumnos.</i>	
La Corporación, de su fondo...	250
Aledo (D. Manuel).....	2,50
Amigó (D. Narciso).....	2
Azcárate (D. Fernando).....	5
Beruete (D. Aureliano de).....	25
Besteiro (D. Julián).....	5
Blanco (D. Pedro).....	5
Celaya (D. Fermín).....	5
Compañi (D. Manuel).....	2
Díaz Zuazua (D. Ignacio).....	2,50
Espada (D. Gonzalo J. de la)..	2,50
Flórez (D. Antonio).....	5
García del Real (D. Eduardo)..	5
García Vélez (D. Carlos).....	5
García Vélez (D. Justo).....	5
Gateau (D. Federico).....	2,50
Giner (D. Carlos).....	5
Goyri (D. ^a María).....	2,50
Jiménez (D. Pedro).....	5
Lobo (D. Gregorio).....	3,75
Loma (D. Emilio de la).....	2
Loredo (D. Román).....	3,75
Lorite (D. José M.).....	2,50
Machin (D. Felipe).....	15
Marchante (D. Luís F.).....	2,50
Pedregal (D. José).....	5
Portuondo (D. Antonio).....	2
Rego (D. Angel do).....	7
Salto (D. Leopoldo).....	10
Sardá (D. ^a Mercedes).....	10
Sardá (D. ^a Sara).....	10
Sierra (D. José).....	5
Tejero (D. Ricardo).....	2,50
Uña y Sarthou (D. Juan).....	5
Villalba (D. Jerónimo).....	2,50
Vinent (D. Antonio).....	5
<i>Suma</i>	5.134,00

(Continuará.)

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

LIBROS RECIBIDOS.

Monte de piedad y Caja de ahorros de Madrid.—*Memoria y cuenta general correspondientes al año de 1894.*—Madrid, V. Faure, 1895.—Don. de la Dirección del Monte (2252.)

Camps (Antonio).—*La enseñanza de la música en las escuelas.*—Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1894.—Don. del autor. (2253.)

Idem (id.).—*Cantos infantiles. Letra del profesor Tomás Claramunt.*—Cuadernos I, II y III.—Buenos Aires, tip. lit. A. Demarch y Comp.—Sin fecha.—Don. del autor. (2254.)

The United States Bureau of Education.—*Report of the Commissioner of Education for the year 1891-92.*—2 vol.—Washington, Government Printing Office, 1894.—Don. del Comisario de Educación. (2255.)

Pérez Nieva (Alfonso).—*Un viaje á Asturias, pasando por León.*—Madrid, V. Suárez, 1895.—Don. del editor. (2256.)

Barberá (Faustino).—*La enseñanza del sordo-mudo por el método oral puro.*—Valencia, M. Alufre, 1895.—Don. del autor. (2257.)

Sáiz y Otero (Concepción) y González Serrano (Urbano).—*Cartas... ¿pedagógicas? (Ensayos de Psicología pedagógica.)*—Madrid, V. Suárez, 1895.—Don. de los autores. (2258.)

Maragall (Juan).—*Poesies.*—Barcelona, Tip. «L'Avenç», 1895.—Don. del autor. (2259.)

Instituto Geográfico y Estadístico.—*Mapa topográfico nacional.* 18 hojas (últimas publicadas).—Lit. del Instituto, 1890-94.—Don. de la Dirección. (2260.)

ADVERTENCIA.

Se suplica á los señores suscritores de provincias, remitan á la Secretaría de la Institución (Paseo del Obelisco, 8) el importe del renuevo de su suscripción, con lo cual facilitan la contabilidad, evitando el recargo acordado para los giros. Se acusa recibo de los pagos por medio del BOLETÍN.